

PA-ABI-652

ISA 712615

LA POBLACION INDIGENA DE EL SALVADOR

Mac Chapin  
Cultural Survival

Diciembre de 1989

## **Introducción<sup>1</sup>**

El Salvador, con más de 5 millones de personas aglomeradas en un territorio de unos 22.000 km<sup>2</sup>, tiene la mayor densidad de población de América Latina. Además, es un país sumamente pobre. A mediados de los años 70, según un estudio hecho por la Agencia para el Desarrollo Internacional, 83,5% de la población rural vivía por debajo del nivel de pobreza (Daines, 1977). El 70,7% del total de fincas tenía menos de dos hectáreas y, en el otro extremo, cerca del 50% de los terrenos cultivables se concentraban en aproximadamente 1% de las explotaciones agrícolas. Sin embargo, estas estadísticas revelan solo parte de la situación. En un país donde ya es escasa la tierra, el número de campesinos sin tierra ha aumentado aceleradamente en años recientes, de 11,8% del total de la población rural en 1950 a 40,9% en 1975 (Burke, 1976:480) y, según se ha demostrado en varios estudios, los campesinos sin tierra tienen el menor ingreso anual de todos los grupos sociales, incluso los que no tienen más de una hectárea (Deere y Diskin, 1984:4). En los años

---

<sup>1</sup>Concepción Clará de Guevara y el autor viajamos durante varias semanas de octubre de 1988 llevando a cabo investigaciones de campo entre las comunidades indígenas. Nadie conoce a los indígenas de El Salvador mejor que ella, y nadie hubiera podido ser una mejor compañera en el campo.

70, más del 70% de la población rural se consideraba malnutrida o desnutrida, la tasa de analfabetismo en las zonas rurales era superior al 60% y la mayoría de la población carecía de toda clase de servicios básicos.

La situación de los pobres se hizo cada vez más difícil en el transcurso de los años 70. Aumentaron las tensiones con huelgas, protestas, brotes de violencia y la formación de grupos militantes de izquierda. El Gobierno de El Salvador combatió esas expresiones populares de disidencia con represión cada vez mayor y a medida que se encendieron los ánimos en todos lados, comenzaron a trazarse las líneas de batalla. En consecuencia, el 15 de octubre de 1979, un grupo de oficiales jóvenes del ejército derrocó el gobierno militar del General Humberto Romero y trató de llevar al país por el camino de la reforma.

No se logró esta meta. En cambio, el Salvador comenzó a atravesar un período de dolorosa y, al parecer, interminable guerra civil. En los 10 años transcurridos desde el golpe, han perdido la vida más de 70.000 salvadoreños en la violencia y todavía no se vislumbra el final. La infraestructura del país se ha reducido a escombros y, a pesar de la infusión en masa de asistencia financiera de los Estados Unidos, la economía está arruinada. El desempleo es superior al 65% en algunos sectores y la pobreza, que había venido aumentando en los años 70, se ha agudizado tanto que miles de centenares de salvadoreños se han ido del país para poder sobrevivir. El robo y el crimen violento de todas clases han aumentado a la par con el menoscabo de la

autoridad y el rápido aumento de la necesidad. Varios gobiernos sucesivos han dejado de ejercer su función de liderazgo y es difícil creer que cualquier alternativa del lado rebelde ofrezca algo mejor. Esa es la situación mientras El Salvador continúa lo que parece ser una marcha incesante hacia un completo caos.

### **Los indígenas invisibles de El Salvador**

En este contexto de depresión económica y disturbios civiles, la discusión de la difícil situación de la población indígena de El Salvador podría parecer improcedente, sobre todo cuando se debe determinar primero que en ese país, de hecho, hay indios. La mayoría de los residentes de San Salvador, la capital, afirman que los indios ya no existen y a los extranjeros se les dice siempre que la cultura indígena se ha abandonado, con excepción quizá de algunos núcleos aislados sumamente pobres e insignificantes en las zonas remotas del sector rural. Por lo común, los estudiantes de América Central tienen la idea de que la población indígena de El Salvador fue víctima de la aculturación hace mucho tiempo y desapareció: todo lo que tenemos hoy en día es una raza mestiza de indio y español. En la multiplicidad de libros publicados en los últimos 10 años, se menciona a los indios casi exclusivamente dentro de un contexto histórico (sobre todo en relación con la conocida matanza de 1932) y a menudo se da a la población rural el nombre colectivo

de "campesinos" y se le trata como si las agrupaciones étnicas sencillamente no existieran (véanse Montgomery, 1982; Montes, 1988; Gettleman y col., 1981; Kincaid, 1987).<sup>2</sup>

Con la notable excepción del trabajo etnográfico realizado por Alejandro Dagoberto Marroquín y Concepción Clará de Guevara, dos antropólogos salvadoreños, no se ha escrito casi nada que explique quiénes son los indígenas de El Salvador, dónde viven y cuál es su situación actual.<sup>3</sup> Pocos antropólogos extranjeros han demostrado interés en realizar estudios prácticos de cualquier clase en El Salvador y, de los que los han hecho, aun menos se han preocupado por la población indígena local.<sup>4</sup> El vecino país de Guatemala, con más de 4 millones de indios divididos en unos 22 grupos distintos de lengua maya, ha captado toda la atención de los antropólogos que, al igual que los

---

<sup>2</sup> En la publicación titulada Country Reports on Human Rights Practices for 1987 del Departamento de Estado se nos dice, por ejemplo: "El Salvador tiene homogeneidad étnica y quedan pocos indígenas puros. No hay discriminación oficial de los indios..." (1988:487). No se explica precisamente lo que podría ser discriminación "oficial".

<sup>3</sup> Marroquín publicó dos estudios sobre comunidades indígenas, Panchimalco (1959) y San Pedro Nonualco (1964), y resumió toda una vida de investigaciones y reflexiones sobre los indios de El Salvador en un informativo ensayo titulado "El Problema Indígena en El Salvador" (1975). Clará de Guevara, estudiante de Marroquín, preparó un grueso volumen sobre una encuesta cultural de la región más característicamente indígena de El Salvador, titulado Exploración Etnográfica: Departamento de Sonsonate (1975).

<sup>4</sup> Richard N. Adams, antropólogo norteamericano, pasó apenas un poco más de un mes en El Salvador trabajando en una encuesta sobre los pueblos nativos de América Central a comienzos de los años 50 (Adams, 1957); este es el trabajo más ambicioso que haya emprendido un antropólogo extranjero hasta la fecha.

turistas, se sienten atraídos por la gente exótica.

Sin embargo, a pesar de que los antropólogos hayan hecho caso omiso de ellos, a lo que se suma "un ambiente de tácita o expresa negación de su existencia" (Marroquín, 1975:747), los indios existen en El Salvador y en número considerable. A poca distancia de San Salvador, se encuentran zonas en las que la gente se identifica o es identificada por quienes la rodea como naturales o indios; y las personas que no son indias y están en ese medio se llaman ladinos.<sup>5</sup> Existen grandes concentraciones de indios en los Departamentos de Sonsonate, La Libertad, Ahuachapán y (en menor grado) Santa Ana, al occidente del país; en Sonsonate, los pueblos de Nahuizalco e Izalco tienen un marcado carácter indígena; y la mayoría de la población que vive en asentamientos rurales, o cantones, por toda la región occidental está formada por indígenas. También hay grandes grupos de población indígena en el Departamento de La Paz en la región centro sur del país y en la parte nororiental de los Departamentos de Morazán y la Unión. Una de las comunidades indígenas mejor conocidas del país es el municipio de Panchimalco, a poca distancia de San Salvador.

---

<sup>5</sup> Marroquín hace una distinción entre mestizo y ladino. Durante el período colonial, los ladinos vivían dentro de las comunidades indígenas, en tanto que los mestizos se establecían en sus propios pueblos y aldeas. En ese sentido, el ladino solo existe en relación con el indio. Otro término usado para denominar a las personas de raza mixta en las zonas indígenas era mulato. Los indios de la parte occidental de El Salvador todavía usan ese término para referirse a los ladinos en forma despectiva (Marroquín, 1959:155-159).



Si bien no existe información estadística fidedigna sobre el número de poblaciones indígenas de El Salvador, ya que el último censo en el que se tuvieron en cuenta los indios se realizó en 1930 y aun en ese caso las cifras eran insuficientes en extremo<sup>6</sup>, Marroquín estimó en 1975 que representaban alrededor de 10% de la población salvadoreña (Marroquín, 1975). Si se emplea esa estimación hoy en día, de una población de un poco más de 5 millones de personas, hay cerca de 500.000 indios en El Salvador.

Los documentos históricos dan una noción más clara de la tendencia demográfica observada entre los indios de El Salvador. Según los datos del censo del período comprendido entre 1796 y 1798, de una población total de 161.035 habitantes, había 83.010 indios, que representaban 51,6% de la población (Barón Castro, 1942:253). En el censo de 1807 se contaron 71.175 indios de un total de 160.549 habitantes (Marroquín, 1975:754). Ya en 1940, según Barón Castro, el porcentaje de indios en la población salvadoreña se había reducido a 20%; sin embargo, en esa época había aumentado en forma espectacular en cifras absolutas, a un máximo de 375.000 (Barón Castro, 1942:558). A comienzos de los años 50, Adams señaló que "hay un poco menos de 400.000 personas que podrían clasificarse como indios" (1957:493). Puesto que la

---

<sup>6</sup> Adams (1957:487) señaló que en el censo de 1930, cuyos datos se publicaron en 1942, se registró solo 5,6% de la población como indígena. Sin embargo, las informaciones recogidas por Adams en el campo indicaron que la población indígena era mucho más numerosa.

categoría de "indio" en El Salvador es principalmente una agrupación étnica cerrada, casi del orden de una casta, cabe afirmar que su número absoluto ha aumentado desde los años 40, si bien el porcentaje del total muy probablemente se ha reducido.

¿Cómo puede suceder que tan numerosa población étnica pase sin ser detectada? ¿Cómo llegaron los indios de El Salvador a convertirse en un grupo invisible, en el sentido usado por Ralph Ellison en su famosa novela sobre el negro invisible en la sociedad de los Estados Unidos? Quizá lo más notable es que en un país tan pequeño, con una superficie de un poco menos de 22.000 km<sup>2</sup>, con numerosas concentraciones de indígenas en los pueblos y las zonas rurales a una hora de viaje en carro de la capital, pueda negarse su existencia categóricamente. Con seguridad casi absoluta, la gente de la capital sabe que en esas zonas vive gente pobre. Sin embargo, a menudo se hace caso omiso del hecho de que sean indios. Eso da lugar a la pregunta siguiente sobre etnicidad: ¿cómo se define el término "indio" en El Salvador?

La mejor forma de entender este asunto es recorriendo la historia de los indios de El Salvador desde la época de la conquista española hasta nuestros días.

## Perspectiva histórica

En el primer milenio de la era cristiana, el extremo occidental de El Salvador era un pequeño reducto de civilización maya, que tenía sus principales centros en el altiplano de Guatemala y en la región que rodeaba a Copán, cerca de la actual frontera de Honduras con El Salvador. Sin embargo, aproximadamente entre los años 900 y 1350 después de Cristo, los mayas que poblaban los dos tercios de la región occidental de El Salvador fueron desplazados por pueblos de habla Nahuatl que llegaron en una serie de migraciones de la parte central de México (Fowler, 1989:32-49). Esos pueblos, llamados Pipiles<sup>7</sup>, fueron conquistados por los españoles cuando desplazaron sus ejércitos a esa zona en los primeros años del siglo XVI. El tercio constituido por la parte oriental del territorio hoy conocido como El Salvador, limitado por el río Lenca al occidente, estaba habitado por una heterogénea agrupación de pueblos Lenca, Jinca, Pokomam, Chortí y Matagalpa (White, 1973:21; Fowler, 1989:32-49).

Los españoles se establecieron sobre todo en el extremo occidental del país, que era un centro tradicional de producción de cacao y bálsamo (el extremo nordeste de El Salvador era otra zona cacaotera). Al menos al principio, los nuevos señores

---

<sup>7</sup> El término "Pipil" viene del Nahuatl pipiltin: "hijos" o "nobles" (Fowler, 1989:3). En El Salvador, el Nahuatl se llama Nahuatl.

dejaron intactos los sistemas de cultivo indígenas, por haber reconocido que el orden social y las tecnologías de los indios se adaptaban mejor a muchos cultivos de la región, especialmente a las delicadas plantas de cacao. Con los indios como productores, los españoles se dedicaron a la recolección y venta de productos y, de esa forma, incorporaron rápidamente a los indios al nuevo orden social y político.

Si bien en Guatemala había en el altiplano remotas regiones de refugio donde los indios podían vivir en aislamiento y mantener sus tradiciones culturales, El Salvador no tenía zonas a las que pudieran escaparse. En consecuencia, los indios y los españoles tuvieron que convivir desde el principio. Los indios se convirtieron en parte integrante del sistema económico y social de la Colonia, primero como cultivadores para los mercados españoles y luego como peones contratados en las haciendas localizadas en los ricos suelos volcánicos de las zonas altas. Muchos de esos pueblos perdieron su afiliación étnica y pronto se convirtieron en integrantes de una clase cada vez más numerosa de campesinos mestizos. Sin embargo, muchos de quienes vivían fuera de las haciendas mantuvieron su identidad indígena, si bien fueron relegados a terrenos marginales y al comienzo de lo que se convertiría en una larga tradición de pobreza crónica. El mestizaje racial se inició pronto y se propagó por todo el país, a tal punto de que hoy en día el observador puede encontrar individuos de piel clara con cabello crespo y labios gruesos que se consideran indios y otros con marcados rasgos indígenas que se

clasifican como mestizos<sup>8</sup>.

A fines del siglo XVI, la producción cacaotera en la zona occidental de El Salvador "era mayor que la de cualquiera otra parte de América" (Browning, 1971:57; véase también Fowler, 1989:165). Simultáneamente, la misma zona general del país llegó a ser famosa por su bálsamo y conocida en todo el hemisferio como "la Costa del Bálsamo"<sup>9</sup>. Aunque esos dos productos tienen hoy un valor comercial insignificante, imprimieron un sello

---

<sup>8</sup> Clará de Guevara (1975a:15) señala que aunque entre la población indígena no hay gente verdaderamente "blanca", "entre los ladinos sí se notan personas con rasgos que en la región se consideran indígenas: piel morena, cabellos lacios y oscuros, ojos rasgados oscuros, nariz achatada, frente estrecha y estatura baja".

Por añadidura, hay un grupo que vive en el extremo oriental del Departamento de Chalatenango, en la región norte de El Salvador, popularmente llamado "indios cheles". Esa es una población constituida por descendientes relativamente puros de los colonizadores españoles, que se ha dedicado a producción de añil con métodos primitivos por siglos y "se asimiló a las costumbres indígenas...como el tipo de trabajo, economía, religión, vida social, etc." (Clará de Guevara, 1975b:775-776).

<sup>9</sup> El bálsamo (Myroxylon balsamum) es un árbol pequeño (con una altura máxima de 20 metros), cuya savia se emplea en medicina, sobre todo para el tratamiento de las afecciones respiratorias y las enfermedades de la piel. También se ha empleado como base para perfumes, remedio para mejorar la circulación sanguínea, curar la indigestión y la flatulencia, arrojar cálculos renales, eliminar las arrugas y las manchas faciales y aliviar el dolor de las hemorroides (Fowler, 1989:90-91). En El Salvador, los árboles se concentran en las zonas de Sonsonate y La Libertad--la región denominada "Costa del Bálsamo". El Salvador, que una vez fue el principal productor de bálsamo de América Central, sufrió una acusada baja en su producción durante el período colonial, principalmente por explotación excesiva (el proceso de extracción más efectivo implicaba hacer una hoguera en la base del árbol y recoger la savia exudada [Fowler, 1989:91-92]). Sin embargo, en 1922, El Salvador exportó 52.651 kg de bálsamo (Calderón y Standley, 1944:152).

distintivo a la vida de la población indígena de la región. Puesto que los españoles permitieron que los indios utilizaran sus antiguos sistemas agrícolas, gran parte de la estructura social y política tradicional se mantuvo intacta. Las tierras estaban protegidas por decreto español que prohibía su empleo como explotaciones ganaderas y, según Browning, "las comunidades nativas... gozaban de un grado de independencia económica, singular en la colonia (Browning, 1971:65). Ese tratamiento tuvo efectos duraderos:

Aun después de la desaparición del cacao, la relativa independencia de esos pueblos y su capacidad para conservar sus estructuras económicas y sociales tradicionales es un tema que surge una y otra vez en medio de los cambios subsiguientes del uso y la colonización de la tierra. A mediados del siglo XIX, esas comunidades todavía conservaban su propio idioma, sus formas habituales de tenencia de la tierra y su actitud de resistencia a los cambios introducidos por el gobierno nacional mucho más que la mayoría de otras comunidades del país en esa época (Ibid.)

Otras partes del territorio salvadoreño fueron colonizadas y explotadas por los españoles de manera muy diferente, con consecuencias particulares y trágicas para la población indígena. A fines del siglo XVI, el cultivo de añil comenzó a propagarse por gran parte de la región del centro y norte del país y al oriente del río Lempa (Clará de Guevara, 1975b:773-774). El añil había sido cultivado por los indios antes de la conquista, pero los españoles convirtieron su producción en una empresa

comercial de gran escala. Además de eso, pronto se hizo evidente que el nuevo sistema comprendía una clase de operación completamente distinta del cacao. La producción estaba controlada en su totalidad por capataces españoles. Se desbrozaron extensas fajas de tierra para sembrar el arbusto del añil, cuyas hojas se cosechaban después de un período de unos tres años. Después de ello, la tierra se dejaba en barbecho y otras parcelas volvían a sembrarse y a nutrirse hasta cuando las plantas estuvieran maduras, en lo que se convertía en un programa de siembra rotatoria alternada. La preparación de las hojas para extracción del tinte azul se hacía en grandes pilas de piedra construidas en las haciendas. El cultivo del añil exigía uso intensivo de mano de obra, en cuya consecución trabajaban vigorosamente los españoles, a menudo sin escrúpulos. Se disolvieron las comunidades indígenas vecinas y se envió a sus habitantes a las plantaciones para atender la elevada demanda de mano de obra y los obrajes de extracción eran antihigiénicos en extremo. Un clérigo visitante hizo las siguientes observaciones sobre las explotaciones de añil en 1636:

He visto grandes aldeas indígenas...  
prácticamente destruidas después de  
edificarse obrajes de añil en sus  
cercanías... porque la mayoría de los indios  
que allí laboran pronto se enferman como  
resultado de trabajos forzados y del efecto  
de los montones de añil en descomposición que  
hacen. Hablo por experiencia, ya que en  
varias ocasiones he confesado a un gran  
número de indios con fiebre y he estado  
presente cuando los llevan del trabajo a  
enterrar... Como la mayoría de esos  
desgraciados han sido forzados a abandonar

sus hogares y parcelas de maíz, muchas de sus esposas e hijos también mueren. En particular, ese es el caso en esta provincia de San Salvador, donde hay tantos obrajes de añil, todos contruidos cerca a aldeas indígenas (citado en Browning, 1971:73).<sup>10</sup>

Los indios no tenían ninguna resistencia contra muchas de las enfermedades introducidas por los extranjeros y morían en multitudes cada vez que entraban en contacto con los españoles. En los decenios posteriores a la conquista, epidemias de enfermedades tales como malaria, fiebre amarilla, viruela, sarampión y tuberculosis se propagaron a la velocidad del rayo por la región y a veces acabaron por completo con la población de zonas enteras. En las primeras listas de tributos se refleja la pérdida de vidas y se indica la drástica reducción del número de aldeas entre 1550 y 1590: durante ese período el número oficial de aldeas en la parte oriental de El Salvador disminuyó de 70 a 52 y la población total estimada bajó vertiginosamente de cerca de 30.000 a 8.300 habitantes (Browning, 1971:43). En los informes preparados en esa época, los españoles se quejaban de la reducción del pago de tributos por la desaparición de los indios. De hecho, continuaron las epidemias de varias clases en todo el período colonial y redujeron la población indígena hasta en un 80% en algunas zonas. Los indios que lograron sobrevivir a esos estragos estaban demasiado pobres y desmoralizados para oponer resistencia al imperialismo español. Fueron absorbidos por las haciendas siempre en expansión o bien huyeron al interior para no

---

<sup>10</sup> Traducción libre de la cita de Browning.

tener que pagar un tributo cada vez más oneroso.

Durante el período que se extiende hasta fines del siglo XVIII, las comunidades indígenas desaparecieron casi por completo en la sección norte del país (donde la ganadería estaba muy desarrollada), en el oriente y a lo largo de la llanura costera. Aumentó el número de personas desarraigadas y desvinculadas que vivía sin rumbo en el país. "No desean que se les distinga a unos de otros porque vagan libremente", dijo un observador contemporáneo, "...y si cometen un crimen en su aldea, al trasladarse a alguna otra parte evitan la investigación: ...en las haciendas y los ingenios azucareros hay muchos que dicen que no saben de dónde vienen o a qué lugar pertenecen, o que no quieren decir"<sup>11</sup> (cita hecha en Browning, 1971:120-121). Sin embargo, las comunidades indígenas mantuvieron una base firme a lo largo de la planicie central y se concentraron sobre todo en los Departamentos de Sonsonate, Ahuachapán y San Salvador y subieron hasta el extremo nororiental del país. Cabe señalar que gran parte de esa zona tiene una altura de más de 500 metros y está relativamente exenta de malaria, fiebre amarilla y otras enfermedades que dejaron un gran saldo de víctimas entre la población nativa de otras partes del país.

A medida que las haciendas de los españoles se extendían por el paisaje salvadoreño, los indios perdieron terreno constantemente. Todas las comunidades indígenas de los primeros años de la colonia tenían extensos ejidos y tierras comunales --

---

<sup>11</sup> Traducción libre de la cita de Browning.

aunque la distinción entre los dos tipos no era siempre clara -- que les servían de base económica y, por consiguiente, mantenían unidas las comunidades como conjuntos coherentes. Si bien en el transcurso de los siglos XVII y XVIII comenzó a decaer el control que tenían los indios sobre sus terrenos, después de la independencia recibieron el golpe más fuerte. Los dirigentes salvadoreños buscaban la forma de diversificar su producción para dejar de centrarse en el añil, la principal fuente de ingreso nacional. Escogieron el café como alternativa. Este cultivo, introducido en los años 40 del siglo XIX, se propagó rápidamente a lo largo de las ricas cumbres volcánicas de la Cordillera Central. A comienzos del presente siglo, el añil había desaparecido casi por completo como cultivo de exportación y había sido reemplazado por el café.<sup>12</sup> Ya en 1930, el café representaba más de 90% del total de exportaciones de El Salvador.

Esto se hizo posible solo por el cambio radical del sistema de tenencia de la tierra en el país. Las propiedades comunales de los indios, que constituían aproximadamente 25% de la superficie del país en ese momento, fueron blanco de ataque. Siguiendo la mejor tradición liberal, se afirmó en un decreto oficial que

la existencia de terrenos de propiedad de las  
Comunidades impide el desarrollo agrícola,

---

<sup>12</sup>En realidad, el añil ya había perdido gran parte de su mercado en el exterior por la invención de tintes artificiales en Europa.

obstruye la circulación de la riqueza y debilita los vínculos familiares y la independencia del individuo. Su existencia es contraria a los principios económicos y sociales que la República ha aceptado (cita hecha en Browning, 1971:205).

Las tierras comunales se abolieron por edicto público en 1881 y en los años siguientes se dismantelaron los últimos vestigios de los sistemas indígenas de tenencia. Hubo una rápida invasión de personas de fuera, sobre todo de dueños de haciendas en las zonas cafeteras. Se dejó que los indios de las comunidades siguieran empleando sus terrenos para subsistencia, pero esto no les permitió conseguir escrituras de propiedad. En cambio, quienes sembraron cultivos comerciales permanentes como café, cacao y caucho pudieron hacerlo; los dueños de haciendas fueron quienes más aprovecharon esa disposición. Los indios que vivían en comunidades relativamente cohesivas en las montañas de la región occidental de Sonsonate, Ahuachapán, Santa Ana y San Salvador tuvieron que soportar de repente una infiltración en masa de personas de fuera y en el lapso de algunos decenios grandes extensiones de la región se vieron cubiertas por plantaciones de café, que persisten hasta hoy (véase también un análisis de la propagación del cultivo de café en el Salvador en Davis, 1988).

Estos acontecimientos dieron origen a otra expulsión en masa de los indios de sus tierras. Los más afortunados, quizá, se convirtieron en trabajadores contratados en las haciendas que habían absorbido sus terrenos. No obstante, aun cuando la diezmada población indígena se refugió en sus comunidades

remotas, la mayoría de los cultivadores de subsistencia se convirtieron en campesinos desposeídos y sin tierra, que pasaron a ser personas desvinculadas y desconocidas dentro de su propia sociedad. No tenían derechos legales, ni vínculos culturales con sus comunidades, ni lealtad a ningún grupo en particular. A medida que se desvincularon del pasado, perdieron sus raíces indígenas y se convirtieron en campesinos aculturados. Nada de ello ocurrió con consentimiento de los indios ni de la creciente clase de campesinos mestizos y ladinos. Hubo agitación y conflictos obreros con mayor frecuencia, a tal punto que en 1889 el gobierno reconoció la necesidad de crear una fuerza de policía montada rural para mantener el orden en la región de la Cordillera Occidental donde la transformación de la tenencia y el uso de la tierra había sido más radical. Varios años más tarde, se amplió la fuerza de policía rural y se estableció permanentemente en la zona.

La depresión económica mundial que comenzó en 1929 tuvo un efecto devastador para la economía agrícola de El Salvador, que para entonces había llegado a una situación de abrumadora dependencia del café. Las presiones se acumularon hasta que en enero de 1932 se produjo un colapso repentino y total del mercado y la cosecha se dejó podrir en las matas. La población rural de la altiplanicie central se encontró sin medios de ganarse la vida.

El descontento llegó a un punto crítico rápidamente en la zona de Sonsonate, donde estaban bien sentadas las bases de una

revuelta. Desde fines de los años 20, los organizadores comunistas militantes y los líderes laborales habían trabajado activamente en el campo, especialmente en las comunidades indígenas y habían sostenido charlas con los campesinos sobre economía, historia y política y distribuido propaganda. Cuando la economía se desplomó, los agitadores pudieron convencer a los indios de que se sublevaran y atacaran a los terratenientes y los comerciantes ladinos. La violencia siguiente, en forma de rebelión armada y saqueos esporádicos, duró más de 72 horas y fue perpetrada por varios millares de indios armados con machetes. En esa ocasión perdieron la vida aproximadamente 35 ladinos (Anderson, 1971:145).

Estos actos violentos duraron poco. Las tropas de la capital aparecieron sin demora y recapturaron fácilmente el territorio ocupado por la fuerza desorganizada de indios. Entonces comenzaron las represalias. Según varios recuentos vívidos de testigos (Dalton, 1972; Anderson, 1971; MacNaught, 1932, citados en Davis, 1988), el ejército comenzó deteniendo a las personas directamente involucradas en el conflicto y luego persiguió a todas las que tuvieran rasgos raciales indígenas o se vistieran de ropa "indígena". Los soldados pusieron a los presos en línea, los mataron a tiros y enterraron sus cadáveres en fosas comunes.

Aunque las estimaciones del número de muertos en esa ocasión oscilan entre cerca de 15.000 y 50.000, es obvio que la masacre fue extensa. Incluyó a hombres, mujeres y niños y sus

consecuencias para la población indígena fueron devastadoras. Se dio rienda suelta al odio -- y al temor -- que por naturaleza les tenían los ladinos a los indios y eso se unió al temido sello del comunismo para crear la imagen ideológica del "indio comunista". "La lucha en defensa del orden imperante", señala Marroquín (1975:750), "se saturó de consignas anticomunistas que incidieron en el problema indígena: indio y comunismo llegaron a ser una sola cosa". En los decenios siguientes, los indios de El Salvador se escondieron, negaban su existencia al mundo exterior y ocultaban su identidad. En 1975, Marroquín comentó sobre la "profunda desconfianza" y aun "hostilidad" del ladino hacia el indio:

Actualmente, 43 años más tarde, esa cerrada actitud política empieza a desaparecer y ya se habla con libertad del indio y sus problemas, aun cuando la tendencia indigenista se proyecte en sentido arqueológico principalmente (1975:751).

Marroquín, que luchó fuertemente por mejorar la situación del indio salvadoreño y persistió en denunciar los abusos, fue obligado a exilarse tres veces en su vida. En los años 60 salió por última vez y pasó sus últimos años como jefe de investigaciones antropológicas del Instituto Indigenista Interamericano en México.

### **¿Qué es un "indio" en El Salvador?**

¿Cómo se identifica a un indio en El Salvador hoy en día? ¿Qué separa a un indio de un ladino? En el aspecto físico, es difícil distinguir a los indios de El Salvador de las demás personas que los rodean. Los rasgos étnicos tradicionales, como lo son el idioma, el tipo físico y el vestido, no existen en forma tan marcada como en el caso de los grupos indígenas del vecino país de Guatemala. Por ejemplo, casi todos los indios de El Salvador eran bilingües y hablaban español a comienzos del siglo XIX y hoy en día no queda más que un puñado de ancianos con conocimientos parciales de una lengua indígena. A comienzos de los años 70, el lingüista Lyle Campbell encontró solo dos aldeas, ambas en Sonsonate, donde existía un número apreciable de hablantes de Nahuatl: Cuisnahuatl, que tenía de 40 a 50 hablantes nativos, y Santo Domingo de Guzmán, unos 20 a 25. Todos eran adultos y los niños demostraban poco interés en aprender a hablar el idioma (1975c:833). El vestido típico ha desaparecido, excepto en el caso de un limitado número de mujeres de edad avanzada de las aldeas rurales que usan huipiles andrajosos y refajos, artículos importados de Guatemala. Con excepción de las cofradías y las ceremonias religiosas que entrañan, los indígenas tienen poco que los distinga del resto de la población.

Fuera de eso, hay poca coherencia obvia con la comunidad indígena, aun en casos en que los indios forman la mayor parte de

la población. Viven en lo que quizá puede describirse como semiaislamiento. Son habitantes marginados de las ciudades y los pueblos y forman los grupos mayoritarios menos favorecidos de las zonas rurales. Si bien constituyen la mayor parte de los habitantes de una zona, sin excepción se les mantiene alejados de la tenencia de la tierra, del poder político y de la base económica de la comunidad. No tienen voz. Están físicamente presentes, pero son incorpóreos, como fantasmas.

No obstante, todos los salvadoreños de las zonas "indígenas" del país tienen una idea clara de quién es indio y quién es ladino. En octubre de 1988, la antropóloga salvadoreña Concepción Clará de Guevara y yo viajamos a las zonas rurales de Morazán, San Salvador, Ahuachapán y Sonsonate, donde investigamos, entre otras cosas, el asunto de que lo era ser indio en El Salvador. En entrevistas con indios y ladinos, particulares y en grupos, pudimos darnos una idea muy coherente del carácter de los dos grupos étnicos. En la siguiente discusión de la etnicidad salvadoreña se combinan esas observaciones con la información de fuentes impresas.

**Color de la piel:** Esta característica se mencionaba a menudo primero, aunque se hicieron pequeñas salvedades cuando señalamos que hay indios de piel clara y ladinos de piel oscura. De hecho, los indios suelen ser de piel más oscura, en parte a causa de la raza pero, en gran medida, porque realizan trabajos manuales al sol. Los indios dijeron a menudo que los ladinos eran "gente

algo chele".

**Pobreza y trabajo pesado:** Los indios son pobres, los ladinos, ricos y "el ladino, aunque no tenga dinero, tiene orgullo". El indio es el animal de carga que hace todo el trabajo pesado; el ladino no trabaja afuera al sol. "El ladino no tiene fuerza...nos dicen indios porque pasamos la vida trabajando...el ladino trabaja en buena oficina...come bien, se viste bien, duerme bien...el ladino no puede trabajar en el campo, termina en el hospital...el ladino es avaro". En los años 50, Marroquín descubrió que los indios de Panchimalco definían a los ladinos como "todos los de las tiendas" (1959:163).

La pobreza y los trabajos manuales se han convertido en un rasgo distintivo tan marcado del indio, en su propia opinión, que los que se educan, se convierten en profesionales y ganan un sueldo decente se consideran a menudo como personas que han pasado a engrosar las filas de la población ladina. Con frecuencia se les llama "independientes". Un indio, refiriéndose a un hombre que era maestro, dijo: "Sí, es natural, pero por su profesión se siente no sé qué...". En realidad, los indios que se convierten en comerciantes o maestros realizan la mayor parte de su actividad profesional con los ladinos y su contacto directo con la comunidad indígena a menudo disminuye.

La situación económica relativa del indio se refleja en sus bienes materiales. "La casa del indio ha sido de paja...los trastes del indio son calabazos y ollas de barro...los del ladino

son de otro modo, son modernos: aluminio, china, peltre, plástico...el ladino tiene ropa más cara, se viste más a la moda, de lujo...". El indio siempre ha estado en el peldaño más bajo de la escalera económica en El Salvador; con la actual crisis económica, se le está empujando aún más abajo. En varias de las zonas que visitamos en Sonsonate, la gente ya no puede comprar casas de paja y palos; ahora las techan con delgadas láminas de plástico.

**Idioma:** Si bien un reducido número de personas todavía habla Nahuat en la zona de Sonsonate, donde comúnmente se da el nombre de "bayuncos" a los hablantes nativos, todos los indios hablan ahora español como lengua materna. Sin embargo, la lengua es un importante indicador de etnicidad porque los indios hablan español distinto de como lo hablan los ladinos. El indio usa ciertas palabras y expresiones y tiene una entonación distinta al hablar. Según Clará de Guevara:

Al idioma español le llaman "Castilla" y la generalidad lo habla muy peculiarmente, tanto por el acento como por la forma en que usan los pronombres, el género, los artículos (y) la construcción de las oraciones y, además, utilizan algunas palabras de español antiguo que se habló durante la colonia, deforman algunas palabras de uso corriente o intercalan palabras en Nahuat (1975a:97).

Los indios aclararon que "uno puede distinguir siempre a un indígena de un ladino cuando abre la boca porque el ladino tiene un vocabulario que es mejor que el de nosotros". Según lo afirma

un hombre, "el natural no puede platicar, el otro (el ladino) sí puede".

Con toda certeza, un corolario de esto es que el indio carece de educación formal. Visitamos varias zonas rurales donde apenas un puñado de niños estaba matriculado en los primeros grados de la escuela primaria. La situación económica del indio le impide enviar a sus hijos a la escuela porque deben tener uniformes, zapatos y cuadernos y pagar un derecho de matrícula inicial (que, pese a ser equivalente solo a algunos dólares, está más allá de sus medios).

**Estima propia:** El indio es objeto del rencor de la población ladina. En 1807 un visitante hizo el comentario de que "la embriaguez, raterías, desidia, flogedad e incontinencia son vicios característicos de esta especie". Hoy en día, sigue imperando el concepto desfavorable respecto del indio. El ladino de Panchimalco ve a los indios como seres "viciosos, haraganes, lujuriosos, adictos en grado extremo a la bebida, incumplidos en sus obligaciones, inclinados al robo, solapados, hipócritas y taimados" (Marroquín, 1957:162). "Al indio se le discrimina" escribe Marroquín, "y se piensa que está casi al nivel de los animales irracionales" (1975:750). Algunos ladinos expresan lástima por el indio:

Algunos ladinos, los más generosos dicen que el indio es como un niño al que hay que tratar con bondad pero sin descuidarlo, porque si se le deja solo, entonces comete

faltas y arruina lo que se le ha encomendado (Marroquín, 1957:162).

Comúnmente se usan expresiones como "¡No sea tan indio!" y "¡Se le salió el indio!" para describir una conducta irracional, violenta o sencillamente repulsiva.

En el transcurso de varios siglos, los indios de El Salvador han asimilado este estereotipo negativo, a tal punto que se creen seres inferiores. Varios indios señalaron que cuando el ladino saluda a la gente, se acerca y la mira a los ojos; el indio "se enrolla" y se siente avergonzado. "Nosotros los indios no tenemos ningún mérito...el indio es bien humilde, bien pobrecito...No tenemos civilización...No tenemos recursos para civilizarnos...Los naturales son lo peor, los que pasan solo trabajando...Los naturales somos como cualquiera, no somos buena gente, solo trabajadores...". Estas declaraciones se hicieron indefectiblemente sin ninguna emoción, como si fueran simples hechos de la naturaleza.

Marroquín relata una conmovedora historia de una joven que entrevistó en Panchimalco como parte de su estudio de la comunidad. Estaba vestida a la manera "occidental" y llevaba tacones altos, labios pintados y cabello peinado en un salón de belleza. Por la manera de comportarse y el nivel de vida que presentaba, Marroquín juzgó que era ladina:

Le preguntamos que quiénes eran en Panchimalco los indios y quiénes eran los ladinos; al oír nuestra pregunta, enrojeció avergonzada, bajando la cabeza, y después de

varios titubeos contestó de la manera siguiente: "¿que no somos todos salvadoreños acaso?" Lo que había pasado era que la señorita pertenecía al estrato considerado inferior, al estrato de los indios: había nacido "en un valle" y para ella el vivir en Panchimalco desde hacía tres años significaba un ascenso en su posición social y sentía vergüenza de confesar que ella era una "pancha" (india) (1957:165).

**Religión:** En una región, el indio se siente superior al ladino: está "más cerca de Dios". Por lo general, se cree que el ladino "no tiene fe". Practica una "religión social" en la que va a la iglesia los domingos, principalmente porque cree que debe hacerlo, "pero no entiende las palabras de la biblia". Muchos ladinos concuerdan con eso.

La administración de las cofradías o hermandades religiosas es una responsabilidad de los indios en las comunidades de todo el país. La finalidad de esas hermandades es mantener la iglesia local y realizar todas las ceremonias religiosas durante el curso del año (véase Marroquín, 1959; Clará de Guevara, 1975). En el pueblo "indio" de Panchimalco, la ronda anual de ceremonias religiosas es actualmente un esfuerzo conjunto de ladinos e indios: los ladinos proporcionan los fondos necesarios y los indios realizan las ceremonias. Los dirigentes religiosos indios señalan que "el ladino no sabe todos los pasos de estas actividades, de modo que nosotros les ayudamos".

## **El futuro de la identidad indígena en el Salvador**

Dado el estatus extremadamente negativo de la identidad indígena en El Salvador, no es sorprendente que muchos indios traten de abandonarla y de sumergirse en el carácter nacional "salvadoreño". Lo triste es que es difícil si no imposible ser un ciudadano respetado e indio al mismo tiempo. Aun con educación y una profesión o con una gran riqueza material, un indio es todavía considerado como tal en su propia comunidad. Para poder separarse por completo es necesario salir de la ciudad natal. Es preciso que los que cruzan la línea divisoria corten sus raíces y se transplanten a un pueblo o, de preferencia, a una ciudad. No basta amasar una fortuna para escaparse del sello étnico: literalmente, hay que huir.

En Nahuizalco hablamos con un indio nacido en el pueblo y actualmente maestro en la escuela local. Sus padres habían vendido parte de sus terrenos para pagar los primeros años de escuela de sus hijos y habían empleado el dinero ganado de una pequeña tienda para que se pudieran graduar en la escuela secundaria. Desde que logró hacerse maestro, tuvo que prepararse psicológicamente contra los ataques de sus colegas y los dirigentes comunitarios ladinos, que todavía lo consideran como "un indito" y a menudo dicen cosas como ;"Qué sabe el indio de tal o cual cosa"! Dijo que los ladinos hacen todo lo posible por captar los errores que comenten los maestros indios y hacerlos

públicos; es común que la comunidad india, al ver que uno de los suyos logra la libertad, trate de aniquilarlo con rumores y calumnias. De esa forma, varios maestros indios han caído en desgracia y han sido exilados a remotas escuelas de las zonas rurales. Pese a que es relativamente rico y vive en una cómoda casa cerca del centro de la ciudad, todavía siente el azote de la discriminación. "En el fondo", dijo en actitud de desaprobación con la cabeza, "el ladino no acepta al indígena". En su opinión, la única forma de escapar de las ofensas y los insultos es trasladándose a la ciudad, donde a uno no se le conoce como indio. "Nadie es profeta en su tierra", dijo.

Marroquín señaló el mismo fenómeno en Panchimalco en los años 50:

Las familias indígenas saben que aun cuando lleguen al máximo de prosperidad económica, siempre serán vistas con menosprecio por los grupos ladinos y que sus hijos no tendrán mayores oportunidades para progresar socialmente; entonces, para dar a sus hijos las oportunidades anheladas, la familia emigra de Panchimalco hacia un centro urbano donde no exista oposición étnica y en donde pueden vivir todos con mayor amplitud social. En Panchimalco se nos informó de la existencia de varias familias que tenían entre sus miembros médicos, sacerdotes y dentistas, pero que se habían alejado hacía muchos años de la comunidad y se habían establecido en lugares tales como Sonsonate, Santa Ana y San Salvador, en donde en la actualidad ocupan altas posiciones sociales (1959:188).

La mayoría de los indios de El Salvador son personas pobres de las zonas rurales, carentes de recursos para mejorar su situación por medio de educación o un cambio de residencia a un centro urbano. Las oportunidades de empleo en las ciudades son escasas y los viajes a lugares más distantes están reservados solo a los que tienen dinero a la mano. Por ejemplo, hay pocos indios entre los centenares de miles que han salido del país en busca de una vida mejor en los Estados Unidos. Más bien, se encuentran atrapados en la pobreza de sus comunidades, sin poderse mudar ni abandonar su identidad de indios despreciados.

Una alternativa consistiría en mejorar la imagen que se tiene del indio en El Salvador como forma de fortalecer su sentido de estima propia. En 1986 se inició una actividad de alcance limitado en ese sentido con un programa de educación bilingüe administrado por el Ministerio de Cultura y Comunicaciones, con el patrocinio del Instituto Indigenista Interamericano de México. Con el nombre de **Matimanauika nauataketsalis** ("Rescatemos el idioma Nahuatl"), se han preparado 30 lecciones básicas de esa lengua con la ayuda de lingüistas de la parte central de México<sup>13</sup> para empleo en 9 escuelas primarias en la zona de Sonsonate. Hasta ahora, se han dado clases prácticas en los grados primero y segundo de varias escuelas de

---

<sup>13</sup> El Nahuatl (Nahuatl en El Salvador) era el idioma de la zona principal del imperio Mexica (Azteca) en la época de la conquista y todavía lo habla cerca de un millón de personas en la parte central de México. La región occidental de El Salvador fue habitada por colonizadores de esa zona en alguna época antes de la llegada de los españoles.

Nahuizalco, Izalco, Santa Catarina Masahuat y Santo Domingo de Guzmán. Según pronunciamientos oficiales, el Nahuat "está ligado como elemento vital a nuestra más pura identidad cultural; por tanto, su rescate y valoración son acciones obligadas de nuestro quehacer como gobierno y como auténticos salvadoreños".

Lamentablemente, ninguno de los maestros de escuela sabe hablar el idioma y no existe ninguna política para utilizar hablantes nativos. Muchos de los padres de los indios y ladinos dicen que representa un retroceso: ¿por qué más bien no aprenden los niños inglés para que puedan encontrar empleo? Un maestro indio con quien hablamos llegó a la conclusión de que, hasta ahora, el principal interés en el programa proviene de ciertos ladinos, pero no de los indios.

La mayor parte del trabajo realizado por el Gobierno de El Salvador con los indios en el transcurso de los años ha sido en campos "seguros" como danza, folklore, ceremonias religiosas y uso de plantas medicinales. En una discusión de la "acción indigenista" iniciada por el Viceministro de Cultura, Juventud y Deportes en 1975, esta tendencia es clara: "Se desarrollaron programas de promoción cultural y artística, que si bien no incidieron directamente en la población indígena, pusieron de manifiesto la importancia de los valores culturales como elementos esenciales de identidad nacional y la necesidad de su estudio, preservación y promoción" (Ministerio de Cultura y Comunicaciones, 1985:4). El intento que hace actualmente el Ministerio de Cultura y Comunicaciones de enseñar Nahuat también

encuadra en ese marco; aunque puede tener un efecto favorable en la imagen que tiene de sí misma la población de Sonsonate, no sirve para afrontar la problemática fundamental de la vida del indígena en el país. En la mente popular, la mención de los indios usualmente indica interés en arqueología, que raras veces establece vínculos con las poblaciones nativas de hoy en día y es sobre todo un pasatiempo de las personas que no son de origen indio. De hecho, una gran parte de las excavaciones arqueológicas en El Salvador en los últimos 30 años ha sido realizada por norteamericanos.

### **La situación de los indios en El Salvador contemporáneo**

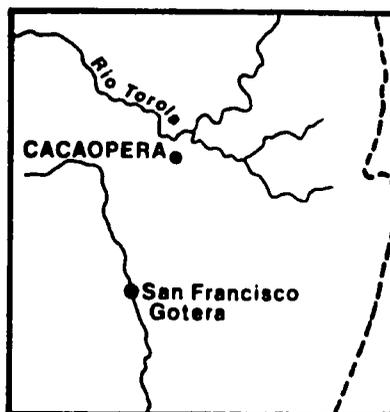
Los indios de El Salvador hoy en día son casi totalmente rurales. Si bien algunos viven en ciudades provinciales, tienen una existencia marginada allá y están firmemente arraigados en remotos asentamientos del campo. Aunque los indios son agricultores, generalmente carecen de tierra y derivan una gran parte de sus escasos ingresos de la mano de obra asalariada. Son con pocas excepciones pobres y analfabetos y no tienen oportunidades de mejorar su nivel de vida. Están unidos por la pobreza y también por hermandades religiosas llamadas cofradías o mayordomías.

Pero aunque hay varios temas comunes en todas las comunidades indígenas, también hay mucha variedad, ya que la

población indígena ha sido formada por circunstancias históricas particulares en diversas zonas geográficas. Las siguientes descripciones breves de tres comunidades indígenas--Cacaopera en el Departamento de Morazán al noroeste del país, Panchimalco en el Departamento de San Salvador y Nahuizalco en Sonsonate--tienen por fin dar una idea de la clase de vida que llevan los pueblos indígenas en El Salvador contemporáneo.

### Cacaopera

El municipio de Cacaopera está situado a 12 km al norte de San Francisco Gotera, en el Departamento de Morazán. El terreno es escarpado y está formado por colinas y



MAPA 2

acantilados volcánicos cruzados por el río Torola, la frontera reconocida del territorio dominado por los guerrilleros al norte. El pueblo de Cacaopera está situado en una serie de colinas irregulares a pocos minutos a pie, en dirección sur, del río cuyo tortuoso curso puede verse en un valle situado abajo, que se extiende de oriente a occidente. La región es eminentemente rural. Las estimaciones basadas en el censo de 1971 indican que la población del municipio era de 20.863 habitantes en 1986; 1.848 personas vivían en el pueblo y 19.015 en cantones rurales, la mayoría en Junquillo, Agua Blanca, Cuachipilín, Calavera y Estancia, al norte del pueblo.<sup>14</sup> Sin embargo, estas estimaciones son curiosamente irreales; de ellas se omite el hecho de que Cacaopera está situada exactamente en medio de una zona de guerra. Con el comienzo de la violencia en la región a principios de los años 80, el número de familias rurales que huyen de ambos lados del conflicto ha dado como resultado la

<sup>14</sup> Dirección General de Estadística y Censo, 1 de julio de 1986.

drástica despoblación de las zonas rurales y el incremento del número de habitantes que residen en el pueblo. Una estimación local hecha recientemente indica que la población urbana pasa de 5.000 habitantes.

En el Municipio de Cacaopera hay un grupo aislado de descendientes de los indios que, al parecer, en algún momento de la era prehispánica emigraron a la zona procedentes de la región norte de Honduras o de Nicaragua. Su idioma, hoy en día llamado simplemente Cacaopera, se ha extinguido. A mediados de los años 70, Campbell encontró varios ancianos que sabían "algunas palabras y frases fijas", pero ninguno dominaba el idioma. El Cacaopera estaba estrechamente relacionado con el Matagalpa, el idioma hablado en Nicaragua hasta hace unos 100 años y es parte de la familia Misumalpán, que también incluye el Miskito y el Sumu (Campbell, 1975a, 1975b). Además de las pruebas lingüísticas, la apariencia física de la gente de Cacaopera es marcadamente distinta de la de los descendientes de los lenca que los rodean. Nada se sabe de las circunstancias de la fundación de este pequeño núcleo aislado de indios "extranjeros".

Antes de 1980, la población de la zona norte del río Torola era predominantemente indígena; Adams calcula que en 1950 cerca de 200 indios vivían en el pueblo y que había hasta 6.000 en asentamientos dispersos en toda la zona rural (Adams, 1957:486).<sup>15</sup> Algunos ladinos, que generalmente tenían terrenos

---

<sup>15</sup> Adams dice también que hasta 1936 la mayoría de los puestos del gobierno municipal estaban ocupados por indios, incluso el cargo de alcalde. Sin embargo, después de esa fecha,

más grandes, estaban dispersos por los cantones. Un pequeño número de familias indígenas estaban vinculadas a fincas de ladinos y las más pobres alquilaban pequeñas parcelas cada año para la producción de milpa. Sin embargo, la mayoría tenía derechos de posesión de pequeños terrenos que sembraban con cultivos de subsistencia y henequén, empleado para obtener fibra para tejer artesanías de jarcia (hamacas, sacos, cuerda, cinchos para monturas, etc.) para la venta en el pueblo; varias familias indias con las que hablamos habían tenido bajo su control hasta 25 ó 30 manzanas. Casi todos los indios de los cantones eran artesanos de jarcia y jornaleros estacionales en las fincas de la región. Todos los viernes (el día de mercado), llevaban sus artesanías de fibra para la venta en el pueblo, donde se los compraban los intermediarios ladinos (toponeros), que los llevaban para reventa en San Miguel, la ciudad más grande del oriente de El Salvador. Si la población indígena de los cantones era generalmente pobre--vivía en casas hechas de varas y palos con techos de paja y carecía de educación<sup>16</sup> y de los servicios de salud más básicos--al menos tenía tierra, algunos animales y una abundancia relativa de comida.

---

los ladinos comenzaron a desplazarse hacia el pueblo en grandes números y los indios quedaron con poco más que algunas responsabilidades religiosas (Adams, 1975:495-6).

<sup>16</sup> En una entrevista hecha a un grupo de 18 hombres y 12 mujeres, solo un par de hombres había recibido instrucción superior al tercer grado; otros habían llegado al primero y, de todo el grupo, solo dos dijeron que podían leer, "con dificultad". Ninguna de las mujeres presentes había recibido educación alguna.

Esa situación cambió drásticamente con el brote de violencia a fines de los años 70. Los guerrilleros se apoderaron de la parte norte del Departamento de Morazán; pese a numerosos intentos del ejército salvadoreño, esa zona se ha mantenido en manos de los rebeldes. La gente que vive allá, en la llamada zona "liberada", quedó atrapada en medio del conflicto. Sencillamente no había término medio. Los que no se aliaban a los guerrilleros no podían sobrevivir en la zona y los que se vinculaban a ellos recibían un trato severo de las tropas que periódicamente patrullaban los cantones en operativos de búsqueda y destrucción. Aunque algunos habitantes de la zona norte se quedaron y llegaron a un arreglo con los guerrilleros -- que cambió radicalmente su vida -- la mayoría optó por irse. Según los refugiados indios del pueblo, los ladinos fueron los primeros en evacuar la zona; luego, durante el transcurso del año, la mayoría de las demás familias de la región recogieron sus pertenencias y se fueron. Casi todos lo hicieron al amparo de la noche, escapándose solo con lo que podían llevar consigo. Por supuesto, eso las obligó a abandonar sus terrenos, su ganado y sus cultivos. Al hacer eso, perdieron todo el henequén que usaban para tejer artesanías de fibra, que se daba en abundancia en toda la zona.

Algunos refugiados ladinos de los cantones pasaron a vivir con sus familiares en Cacaopera, pero la mayoría continuó hacia el sur bajo la protección del cuartel militar de San Francisco Gotera o viajó directamente a San Miguel. Sin embargo, los

refugiados indios carecían de medios para viajar más allá de la zona inmediata y tuvieron que tomar lo que encontraron en el pueblo. Algunos se quedaron con amigos y parientes y otros acamparon en la Iglesia, la alcaldía o la Casa de la Cultura (administrada por el Ministerio de Cultura y Comunicaciones); un puñado de familias tenía suficiente dinero, al menos en un principio, para pagar entre 10 y 15 colones mensuales por lugares alquilados. Con el tiempo, los desplazados fueron asignados a campamentos en las afueras del pueblo y en 1983 la Cruz Roja y Auxilio Mundial les proporcionaron materiales de construcción para viviendas rústicas. Hasta ahora, se han establecido cuatro campamentos, dos de los cuales -- La Crucita y El Campo -- están poblados sobre todo por ladinos; los campamentos de San José y El Calvario, que juntos tienen un total de 110 familias, están llenos casi por completo de indios.

Las condiciones existentes en el campamento de San José, que visitamos en octubre de 1988, son deplorables.<sup>17</sup> Familias enteras de 7 a 8 personas viven en chozas de 3 x 6 m, con piso de tierra, hechas de palos y cubiertas con láminas de zinc. Aglomeradas unas junto a otras en líneas estrechas en la superficie de una pendiente desprovista de árboles en las afueras del pueblo, las chozas no tienen ventanas y su interior está lleno de aire caliente y estancado. El único mobiliario son las hamacas de fibra y pequeñas mesas y bancos hechos de pedazos de

---

<sup>17</sup> Según la gente del campamento, la Cruz Roja les había llevado alimentos y ropa y Auxilio Mundial había donado los materiales de construcción de las chozas y algunos alimentos.

madera desechada. Para todo el campamento hay solo tres letrinas que están llenas o ya se han desbordado y apestan. No hay ningún sistema de abastecimiento de agua y los refugiados se ven obligados a comprar agua para beber y a ir hasta el río para bañarse y lavar la ropa. Las enfermedades, sobre todo entre los niños, son endémicas; no obstante, los servicios de salud tienen solo un médico que visita la zona una vez a la semana y cobra 2 colones por cada consulta. Aun con el diagnóstico, ninguna de las personas de los campamentos tiene dinero para pagar los remedios recetados. Cuando vivían en los cantones, usaban mucho las medicinas tradicionales a base de hierbas, pero ahora el suministro de éstas se halla interrumpido. En forma análoga, la educación está fuera del alcance de los hijos de los desplazados. No tienen el dinero necesario para cubrir todos los gastos que implica (uniformes, zapatos, lápices, cuadernos y la "cuota social" de 10 colones) y, además, necesitan a los niños para incrementar el ingreso familiar.

Hacinados como están -- "unos encima de otros", en palabras de uno de los residentes -- los desplazados no tienen espacio abierto para sembrar cultivos. Algunos hombres alquilan varias tareas<sup>18</sup> para sembrar maíz y frijol, por un promedio de 6 colones por tarea; ninguno alquila más de media manzana de tierra. Sin embargo, los terrenos de alquiler que se les ofrecen son marginados e improductivos y no hay acceso a crédito para

---

<sup>18</sup> En una manzana (aproximadamente 0,7 hectáreas) hay 16 tareas.

compra de fertilizante.<sup>19</sup> Aun las plantas de maíz seco después de la cosecha, que tradicionalmente se emplean para forraje, y la madera cortada cuando se desbroza la tierra, que normalmente se emplearía como leña, deben entregarse al dueño del terreno.

Sin tierra, los desplazados se ven forzados a comprar prácticamente todo lo que necesitan: alimentos, agua, leña y el henequén para los productos de fibra. Todos los indios con quienes hablamos trabajaban de jornaleros, en agricultura o donde hubiera trabajo. En épocas pasadas, varios grupos de hombres viajaban por temporadas a las fincas de algodón a lo largo de la llanura costera y a la región centro occidental a cosechar café, pero eso ha cesado en gran parte por causa de la guerra civil-- Morazán es una importante "zona de conflicto"--y la depresión económica del sector agrario de todo el país. Hoy en día, deben encontrar trabajo dentro del radio inmediato de Cacaopera. Aunque el salario mínimo diario oficial es de 15 colones (\$3), consideran que 7 colones es una "buena" suma y el pago corriente se acerca a 4 ó 5 colones. Todos han tenido que recurrir a la producción de artesanías de fibra para poder cubrir todos sus gastos. No obstante, si bien antes tenían acceso a una cantidad abundante de henequén, ahora se ven obligados a comprarlo a proveedores de San Miguel. Puesto que venden todo a intermediarios ladinos, sus ingresos son mínimos en el mejor de los casos. Todos los miembros de la familia, incluso los

---

<sup>19</sup> Por un período breve, algunos hombres pudieron conseguir crédito de la Iglesia Católica, pero su monto fue mínimo y no alcanzó para mucho.

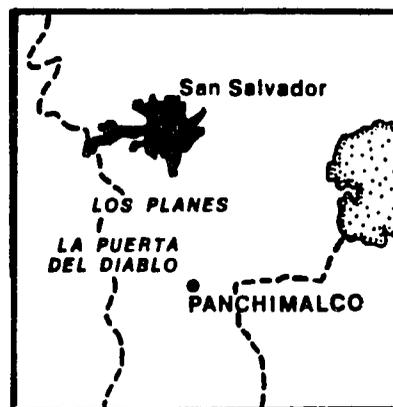
ancianos, los niños y los hombres y las mujeres sin trabajo, deben tejer y de la única manera que pueden considerar que logran alguna utilidad es sin descontar el valor de su propia mano de obra. Como dice una mujer, por lo menos les permite emplear el tiempo en algo.

En medio de todas estas dificultades, la población indígena del municipio sigue participando de lleno en actividades religiosas, realizadas por medio de una hermandad religiosa, llamada mayordomía. Esta, formada solo por indios, tiene dos funciones primordiales: organizar las festividades religiosas durante todo el año y mantener la iglesia del pueblo, cuya edificación se remonta a la primera parte del siglo XVIII. Dentro de la mayordomía, que está dividida en secciones según los cantones y barrios dentro del pueblo, hay una jerarquía que incluye mayordomos, que se encargan de las fiestas relacionadas con un santo determinado; las esposas de los mayordomos, llamadas tenanzas; y los asistentes llamados mandados, autores y misilanes. Cada mayordomo calcula el costo de la ceremonia a su cargo y, junto con sus asistentes, hace los arreglos necesarios para realizarla. Las actividades de la mayordomía son del dominio absoluto de los indios que, de una u otra forma, se las arreglan para conseguir el dinero necesario para comprar alimentos, velas, agua, leña, licor, flores y pólvora y cubrir todos los gastos que exigen las festividades. La población ladina de Cacaoopera nunca aporta nada a esas ceremonias y su participación en las festividades es mínima.

Esta jerarquía religiosa es la única organización indígena de importancia que existe todavía en Cacaopera. Desde el período colonial, la mayordomía se ha preocupado por el carácter religioso de la zona, aunque ha funcionado en forma paralela al oficio del cura del pueblo (quién, según los miembros de la mayordomía, "no encuentra bien las costumbres" de los indios) más bien que en colaboración con él. Gran parte del folklore de la región--las danzas como "Los Negritos" y "Los Emplumados", los arreglos para la preparación de comida ritual y el vestido ceremonial--se ha conservado por medio de las mayordomías. Puesto que tienen una función estrictamente religiosa, son toleradas por las autoridades civiles y militares.

## Panchimalco

Panchimalco es un municipio rústico netamente indígena localizado a escasos 16 km de la agitada metrópoli de San Salvador.



MAPA 3

El contraste entre los dos centros de población es abrumador. En un estudio detallado de la zona hecho en los años 50, Marroquín señaló que el viajero a Panchimalco "siente que va retrocediendo, prácticamente, en el tiempo y que se encuentra ante un horizonte cultural propio del siglo XIX" (1959:13). Este comentario es todavía de actualidad. El pueblo y sus 16 cantones están situados en una zona de 103 km<sup>2</sup> de paisaje montañoso con profundos surcos y fracturas y valles que descienden vertiginosamente hacia el sur en dirección del Océano Pacífico, que se puede divisar a distancia en un día claro.

El pueblo propiamente dicho está formado por un grupo de casas de bahareque con tejas de barro construidas a lo largo de calles empedradas en un plano cuadrangular alargado, conducentes a un conjunto de chozas de varas y paja en la periferia. El centro está dominado por el inmenso complejo de una iglesia que data del siglo XVII. La iglesia de adobe -- pintada con frecuencia por varios artistas a través de los años -- tiene al frente un antiguo árbol de ceiba de tronco torcido que ofrece sombra a los

participantes en las numerosas ceremonias religiosas de Panchimalco. En el extremo noroccidental del valle, el pueblo está rodeado de una estrecha hendidura en las montañas, llamada La Puerta del Diablo. Con su vista panorámica, este ha sido tradicionalmente un punto favorito de los turistas, sobre todo de las parejas jóvenes en busca de un cielo azul e inspiración romántica. A comienzos de los años 80, cuando la violencia se estaba intensificando en todas las zonas rurales, La Puerta del Diablo llegó a ser bien conocida como la fosa preferida para botar los cadáveres de las personas asesinadas en diferentes partes del país por escuadrones de la muerte.

En la época de la conquista, Panchimalco era una asentamiento agrario de casas dispersas. Bajo el dominio español, se le concedió oficialmente el título de pueblo en 1611 y en 1879 fue promovido a villa, unidad administrativa de tamaño ligeramente mayor (Marroquín, 1957:35-36). La densidad de población era baja en el siglo XVIII y en el censo de 1770 se registró un total de 2.197 habitantes; todos indios. Sin embargo, el aislamiento de Panchimalco ya daba indicios de desaparecer en 1807, cuando en un informe del estado general de la provincia de San Salvador se señaló que la población estaba formada por 2.624 indios y 12 ladinos (Ibid.:19).<sup>20</sup> Desde entonces, el número de habitantes ha aumentado continuamente y lo

---

<sup>20</sup> Este informe, redactado por el intendente Antonio Gutiérrez y Ulloa, se titula Estado General de la Provincia de San Salvador: en el Reino de Guatemala correspondiente al año 1807.

mismo la población ladina del pueblo. En 1957, la población había llegado a 12.313 habitantes; 2.503 residían en el pueblo y 9.170 vivían dispersos en los cantones de las zonas rurales (Ibid.:66). Marroquín estimó que alrededor de 30% del pueblo era ladino; casi no había ladinos en las zonas rurales del municipio e indefectiblemente "ocupaban posiciones económicas más altas" que los indios a su alrededor. Este mismo patrón general continúa, aunque ya en 1986 la población había llegado casi a triplicarse, con una cifra estimada de 30.891 habitantes (5.237 en el pueblo y 25.654 distribuidos en los cantones).<sup>21</sup>

Durante todo el período colonial y hasta los años 80 del siglo XIX, los indios mantuvieron la tradición del cultivo colectivo de parcelas controladas por la comunidad. Según Marroquín:

El alcalde citaba a todos los trabajadores indicándoles el día en que comenzaría la roza del campo, para dar fuego a los terrenos y después de hecha esta operación a cada uno se le señalaba una porción de tierra para trabajarla en particular. La persona que no se presentaba a tomar parte en los trabajos colectivos era condenada a recibir en la plaza pública cincuenta palos, y además corría el riesgo de que no se le adjudicara ninguna parcela para cultivarla (Ibid.:107).

Luego, en 1881, cuando se abolió el territorio comunal indígena en todo El Salvador, los terrenos de propiedad comunal de

---

<sup>21</sup> Dirección Nacional de Estadística y Censo, 1 de julio de 1986.

Panchimalco se dividieron en parcelas individuales y comenzó con toda la fuerza el proceso de concentración de la tierra en manos de una minoría de dueños. Ya en 1950, un grupo de 20 agricultores--todos ladinos--controlaban más de 75% de la tierra; de ellos, dos grandes propietarios tenían 47,7% de la tierra. Se estima que 85% de la población carecía de tierra y se ganaba la vida principalmente como jornaleros (Ibid.:112-3, 168).

De hecho, por varios decenios la economía de Panchimalco ha dependido en extremo del trabajo asalariado, gran parte del cual se realiza en la vecina ciudad de San Salvador. En los años 50, Marroquín llegó a la conclusión de que "la proximidad de la ciudad capital ha sido poco beneficiosa para Panchimalco" y enumeró una serie de "desventajas de carácter grave" que la metrópoli había llevado al pueblo. Lamenta la pérdida de las tierras comunales de Panchimalco en el siglo XIX, "que dio un golpe de muerte a la antigua vida comunitaria" y la desaparición de la base agrícola de la región. A cambio de ello, opina, la economía se había deformado al atender las necesidades de San Salvador; los hombres se contagiaban a menudo del vicio del medio urbano y algunas jóvenes, "arrastradas por el agitado tropel de vida capitalina, van a terminar sus días en centros de prostitución". El municipio, al mismo tiempo, siguió siendo un sumidero de extrema pobreza y miseria. Quedó atrapado en "un retraso cultural que mantiene a Panchimalco viviendo en un tiempo histórico que tiene un ritmo de desarrollo con cien años de retraso con respecto a la capital" (Ibid.:268-9).

Aunque la descripción que hace Marroquín del estado moral y económico de Panchimalco es quizá un poco florida, no es del todo imprecisa. La pobreza es todavía una característica distintiva de la vida allá y el flujo diario de jornaleros, tan regular como la marea, ha continuado hasta nuestros días, pese al conflicto de la pasada década. Todas las mañanas, centenares de hombres y mujeres viajan en bus por la empinada pendiente desde el pueblo y luego bajan hasta las entrañas de la ciudad, donde los hombres se dedican a varios oficios como peones y personal semicalificado y las mujeres trabajan principalmente como empleadas del servicio doméstico.<sup>22</sup> En las otras zonas indias importantes de El Salvador, la gran mayoría de la población rural se gana la vida en la agricultura, con trabajo estacional en las haciendas de café, caña de azúcar y algodón. Ese sector se ha visto muy afectado por la actual crisis económica y se ha reducido drásticamente el acceso al trabajo en las haciendas. Como resultado, los indígenas, que son casi totalmente proletarios rurales, han sufrido más que cualquier otro grupo del país. En cambio, la gente de Panchimalco que trabaja en la capital ha podido mantener su empleo y, por eso, el pueblo, si no prospera, al menos se mantiene a flote en épocas difíciles.

Antes de 1980, muchos hombres solían suplementar sus salarios con la producción de cultivos de subsistencia en

---

<sup>22</sup> En los años 50, Marroquín observó que más del 90% de los hombres mayores de 18 años eran jornaleros y la mayoría trabajaba en San Salvador. De 653 mujeres que trabajaban fuera de su hogar, 627 se dedicaban a oficios domésticos (Ibid.:93).

pequeñas parcelas arrendadas. Todos los años antes de la época de siembra, hacían contratos con los propietarios para preparar y sembrar parcelas, que generalmente tenían, como máximo, una fracción de una manzana; después de la cosecha se iban y al año siguiente, por lo general, alquilaban una parcela diferente, "descansada" (y más fértil) para seguir la misma secuencia de siembra. Como sucede en otras zonas indígenas de El Salvador, este sistema se eliminó con la reforma agraria de 1980. En esa época, en virtud del Decreto 207 de la reforma, todos los arrendatarios deberían tomar posesión de las parcelas que cultivaban en esa época y tendrían la opción de comprarlas.

En Panchimalco, las cosas no se hicieron según ese guión oficial. Por falta de poder o de recursos para tomar medidas legales, los indios fueron expulsados en muchos casos de la tierra por los dueños de las tierras que arrendaban y ahí terminó el asunto. En algunos casos, los propietarios han seguido alquilando pequeñas parcelas a campesinos dóciles que están dispuestos a firmar acuerdos especiales de que no pretenden reclamar la tierra. Sin embargo, la mayoría de los propietarios de terrenos sencillamente han dejado de alquilarlos. Un hombre con quien hablamos señaló las colinas vacantes que rodean al pueblo y dijo: "La pobreza se aliviaba bastante antes con los ricos para alquilarles sus tareas. Ahora, todas esas lomas no están sembradas. No las quieren dar porque tienen miedo que ya se las quiten". Por supuesto, el resultado es que la producción de cultivos de subsistencia en el municipio, junto con la dieta

de los segmentos más pobres de la población, se ha reducido rápidamente desde que se instituyeron las reformas.

Según lo sucedido en todas las demás regiones indígenas de El Salvador, la división entre ladinos e indios es evidente en los campos social, económico, político y cultural. Los ladinos ocupan las mejores casas del centro del pueblo y los indios están dispersos por los márgenes y se encuentran en los cantones. Los ladinos son dueños de la mayor parte de los terrenos de las colinas circunvecinas. Son los comerciantes del pueblo y el poder político está en sus manos.<sup>23</sup> En cambio, la clase económica inferior está compuesta casi en su totalidad por indígenas. Bajo este perfil hay una fuerte corriente oculta de discriminación étnica. Según Marroquín:

La diferencia de posición económica engendra necesariamente la correspondiente ideología de tendencia racista. El ladino, consciente o inconscientemente, aspira a defender su posición privilegiada en el seno de la comunidad indígena y, por lo mismo, se vale de todos los procedimientos: requiere el apoyo de las autoridades y de los sacerdotes; hostiliza a los indígenas que se oponen al triunfo de sus ambiciones económicas o que discuten los privilegios de los ladinos; finalmente, elabora teorías que tienden a menospreciar al elemento indígena y a enaltecer al elemento ladino (Ibid.:162).

El único aspecto de la vida de Panchimalco en que el indio no es inferior al ladino es la religión. El sistema de cofradías

---

<sup>23</sup> De vez en cuando en las últimas décadas, Panchimalco ha tenido alcaldes indios. Sin embargo, es obvio que han sido figuras decorativas, fácilmente manipuladas por la población ladina.

evolució durante el período del dominio colonial español y ha podido mantener su integridad hasta el siglo XX, aun en las dos últimas tumultuosas décadas. Marroquín señaló en los años 50 que "la vida religiosa de Panchimalco constituye uno de los capítulos más importantes en la comunidad" (Ibid.:241). Al mismo tiempo, creía que las cofradías estaban perdiendo su fuerza y cohesión, siendo víctimas de intentos de la Iglesia Católica por liquidarlas. Si bien el antagonismo entre la Iglesia y los dirigentes religiosos indígenas ha seguido hasta la actualidad -- los indios consideran que el edificio de la iglesia les pertenece a ellos y no a los sacerdotes y creen que, como lo dijo un dirigente indígena, "el padre (actual) no comprende las costumbres" -- se podría decir que el sistema religioso indígena es más fuerte hoy que en la época de Marroquín.

Panchimalco tiene 15 cofradías, y cada una de las cuales tiene determinadas responsabilidades en las ceremonias que se realizan en torno a un determinado santo. Cada cofradía tiene un mayordomo y diversas personas en cargos directivos y todas sus actividades son supervisadas por el dirigente de la comunidad religiosa indígena, llamado el Teta. Las cofradías funcionan independientemente de la Iglesia y del gobierno municipal, aunque deben coordinar sus actividades con ambos por intermedio del Teta. Los dirigentes de la cofradía usan los santos de la Iglesia para sus procesiones y el sacerdote celebra la misa. Por otra parte, el alcalde del pueblo hace una supervisión del dinero utilizado por las cofradías para las ceremonias y pone su sello

oficial sobre si todo se ha realizado en forma ordenada.

Aunque casi todas las cofradías de El Salvador son exclusivamente indígenas o ladinas y no mixtas, los ladinos de Panchimalco han sido nombrados mayordomos para las principales ceremonias dentro de las cofradías tradicionalmente indígenas en los últimos años. El ladino que ocupa actualmente el puesto de alcalde fue mayordomo en 1987; una de sus hermanas fue mayordomo hace algunos años y otra fue elegida para presidir la ceremonia del Dulce Nombre de Jesús en enero de 1989; y hay varias familias ladinas que toman parte regularmente en las ceremonias de las cofradías cada año. Sin embargo, aunque los ladinos participan en las cofradías, lo hacen dentro de los límites fijados estrictamente por los indios.

Al parecer, este singular arreglo permite atender las necesidades de ambos grupos y ha contribuido a un cierto fortalecimiento del sistema de cofradías. Los indios son los maestros reconocidos de los minuciosos detalles de las festividades religiosas -- saben las secuencias de las celebraciones, los elementos que se necesitan, los procedimientos, las costumbres, las danzas y la etiqueta -- y se sienten obligados a realizarlas, a pesar de su extrema pobreza. Los ladinos, por otra parte, no tienen ni los conocimientos ni la experiencia que se necesitan para manejar las festividades religiosas, pero sí tienen el dinero para sufragar gran parte de

los elevados gastos que exigen.<sup>24</sup> Los elementos de los festivales son numerosos y hay que pagar todo: la música (los músicos son ladinos), la misa (dicen que el cura cobra una suma excesiva por sus servicios), la comida y la bebida, los fuegos artificiales, los arreglos de los altares, los carros para las procesiones y otros artículos de diversa índole. Ambos grupos desean que se celebren las ceremonias. Quieren que se realicen correctamente y con todos sus detalles. Para los indígenas, la religión es una parte crítica de su vida--como nos dijo el Teta, "llevamos las ceremonias porque, usted sabe, son sagradas"--y las festividades ofrecen valiosa interacción social, junto con alimentos y bebida y un rato agradable. Para los ladinos, es considerable el prestigio de ocupar el puesto de mayordomo para ceremonias importantes, que ahora comienzan a contar con la presencia cada vez mayor de residentes de la capital, incluso políticos y personas de influencia. Sin este arreglo, es probable que las cofradías de Panchimalco se hubieran disuelto mucho, sobre todo con la actual crisis económica.

Fuera de la esfera de la religión, no existen organizaciones entre la población indígena. Algunos de los trabajadores de San Salvador se han afiliado a los sindicatos laborales de la

---

<sup>24</sup> Tradicionalmente, la comunidad indígena ha pagado las ceremonias con un sistema cooperativo de cuotas llamado "la crianza." Sin embargo, puesto que los ingresos se han reducido mucho en los últimos decenios y especialmente con la actual crisis económica, las actividades de las cofradías se habían venido deteriorando a tal punto que algunos creían que pronto desaparecerían.

capital, pero ninguno de los que trabaja en Panchimalco, ni en la ciudad ni en las haciendas rurales, pertenece a ningún grupo que les podría ayudar a defender sus derechos.

### Nahuizalco

El municipio de Nahuizalco tiene 54 km<sup>2</sup> de escarpado terreno volcánico en el corazón de la región indígena del occidente de San Salvador, en el Departamento de



MAPA 4

Sonsonate. La economía se basa en la agricultura y la gran mayoría de la población es rural. Según estimaciones basadas en el censo de 1971, en 1986 el municipio de Nahuizalco tenía un total de 39.492 habitantes; solo 8.999 vivían en la ciudad de Nahuizalco y apenas un poco más de 30.000 se encontraban dispersos en los 15 cantones rurales.<sup>25</sup> El café es el cultivo comercial más importante en la región y está complementado con la cría de ganado; la mayoría de los pobladores del sector rural trabajan de jornaleros en haciendas agrícolas y se dedican a la agricultura de subsistencia en parcelas alquiladas.

Poco se sabe de Nahuizalco en la época prehispánica o aun en los dos primeros siglos del período colonial. Parece haber sido un importante centro de cultura tradicional desde los primeros tiempos y, junto con el vecino pueblo de Izalco, ha mantenido un carácter netamente indígena hasta hoy. En 1770, don Pedro Cortez y Larraz hizo una visita pastoral al pueblo y se mostró

---

<sup>25</sup> Dirección Nacional de Estadística y Censo, 1 de julio de 1986.

perturbado por la manera en que los indios se aferraban a sus "costumbres":

...la gente anda tan vergonzosamente desnuda, que apenas comencé a entrar en el pueblo, me espanté hasta cerrar los ojos, y mandé al Alcalde que repartiera ropa y los obligara a vestirse. La desnudez es tanta que las mujeres llevan sólo algodón ceñido a la cintura; las muchachas y muchachos ya grandes: nada, y los hombres un pedazo de trapo (citado en Clará de Guevara, 1985a:68).

En 1858, se le concedió a Nahuizalco el título de villa y en 1955 fue ascendida oficialmente a ciudad, pese a que la población urbana era y todavía es minúscula.

Hoy en día, el centro de la ciudad está situado en una llanura casi completamente plana, con un sistema cuadrangular uniforme de calles que cubre unas 20 cuadras. En el centro está una parroquia que data de la época colonial y da a una plaza de mercado abierta, una pequeña plaza con aceras de cemento y algunos arbustos ornamentales y una fila de oficinas del gobierno municipal. Los edificios en el centro del pueblo son principalmente de adobe con tejas de barro, y algunas de las más nuevas, de cemento. Los propietarios son ladinos, casi en su totalidad, mezclados con una pequeña minoría de indios "que viven cómodamente". Los ladinos son dueños de las tiendas, los restaurantes y los talleres de carpintería y mecánica y dirigentes del gobierno local y gente de influencia en asuntos del pueblo.

Hacia la periferia de esa zona "urbana", la tierra se hace más irregular y está cortada por hondonadas, barrancos y pequeñas colinas. Ahí viven los indígenas en casas construidas en pequeños lotes que se entrecruzan con una profusión de senderos. La mayoría de esas casas son de palos y techo de paja o de bahareque y adobe. Todas tienen piso de tierra; la mayoría carece de ventanas y tiene una sola habitación interior empleada para todas las actividades, como cocinar, trabajar, dormir, recibir huéspedes y acostar al ganado. Una gran parte de la población indígena del pueblo carece de servicios básicos como agua potable, electricidad y aun letrinas.

La gran mayoría de la población de la zona rural es indígena; en varios de los cantones que visitamos todos los residentes eran indios. Los terrenos que una vez fueron comunales han desaparecido ahora, con excepción parcial de dos solares de 15 y 30 manzanas, que ahora pertenecen al municipio.<sup>26</sup> En el transcurso de los años los indígenas han perdido casi toda la tierra empleada para agricultura de subsistencia. Nos enteramos de que muchas familias habían vendido lo que les quedaba de sus propiedades para poner a sus hijos a la escuela; algunas han sido víctimas del endeudamiento y sus propiedades se han confiscado, y otras han caído víctima del alcoholismo y han tenido que vender sus parcelas para pagar el

---

<sup>26</sup> A comienzos de los años 70, "Sabanita", de 15 manzanas, y "La Sabana Grande", de 30 manzanas, estaban arrendadas a campesinos pobres de la región por una suma mínima de 0,75 colones. Los artesanos locales también recogían fibra de tule para sus tejidos en esos terrenos (Clará de Guevara, 1975a:72).

vicio. Con el aumento de la población, muchas familias han dividido sus terrenos entre sus hijos a tal punto de que solo ha quedado espacio para una casa. Si bien algunos indígenas tienen aún pequeñas parcelas de su propiedad, la mayoría debe alquilarlas para sembrar sus milpas. Las familias rurales mantienen una vida tenue al combinar estrategias económicas: los hombres trabajan de jornaleros en las haciendas agrícolas cuando pueden y cultivan maíz, sorgo y frijol en parcelas alquiladas; las mujeres y los niños hacen artesanías de fibra y venden fruta, verduras y animales de corral en los cantones.

Con la reciente ola de violencia y el desarreglo de la economía, la gente de la zona está desesperada. Muchas de las fincas de caña de azúcar y café que antes daban empleo estacional ahora se han reorganizado con cooperativas que han cerrado las puertas a un gran número de personas de fuera, lo que había sido la fuerza de trabajo en el pasado. Es difícil conseguir trabajo de jornaleros y casi no hay tierra de alquiler. En los cantones hay tierra inutilizada por todos lados. Pertenece sobre todo a ladinos que solían alquilarla por tarea a multitudes de agricultores indígenas; pero desde que se promulgó el Decreto 207 en 1980, los propietarios se han opuesto a que los arrendatarios la usen por temor a que la reclamen como propiedad. En lugar de correr el riesgo, han dejado la tierra como llanuras de pastoreo o en barbecho. Como resultado, los indígenas de la zona de Nahuizalco no tienen tierra para sembrar sus milpitas y su acceso al mercado de mano de obra agrícola asalariada es sumamente

restringido.

La desesperación económica de la gente se manifiesta de varias formas. Si bien muchos de los indígenas solían tener casas de techo de paja y palos, un gran número de casas construidas ahora en los cantones rurales y a lo largo de la periferia de la ciudad tienen techos de delgadas láminas de plástico. Toda la gente tiene una apariencia demacrada; durante los días que pasé en la zona rural de Sonsonate no me encontré con ningún indio corpulento.

En el cantón de Pushtán vi a una mujer con un atado de fibra de tule para hacer petates, que son el principal producto artesanal de la zona. Alguna gente tiene patios sembrados de tule, pero ella no. Había comprado el atado por 90 colones y dijo que podría hacer 12 petates con esa cantidad. Luego podría venderlos a un intermediario en el pueblo por 10 colones cada uno, lo que en total daría 120 colones, es decir, una utilidad de 30 colones. Sabía que al tener en cuenta la mano de obra no estaba ganando nada. "Hago petates", dijo, "para ir pasando el tiempo".

La educación es también un campo en el que la extrema pobreza de la población indígena ha causado grandes estragos. En la actualidad, hay algunos cantones donde ningún niño asiste a la escuela y estimo que más del 90% de las familias que vi en la zona rural de los alrededores de Nahuizalco no pueden enviar a sus hijos a la escuela. Por un lado, necesitan a los niños para que contribuyan a la supervivencia económica. Sin embargo,

además de eso, la educación misma les sale muy cara. Los indígenas no pueden comprar cuadernos ni lápices, ni pagar los zapatos y uniformes obligatorios, ni cubrir los 10 colones para la matrícula ni los 12 colones para la "cuota social". En uno de los cantones hablé con varias mujeres que tenían hijas adolescentes que estaban en el primer grado (una tenía 13 años y la otra 16), pero no creían que pudieran seguir sus estudios. Los adultos saben que la educación es la única oportunidad que tienen para sacar a sus hijos de la pobreza en que están atrapados. Eso, junto con la imposibilidad de enviarlos a la escuela, les causa desesperación. Se están muriendo de hambre y no pueden alimentar a sus hijos ni ayudarles a lograr un futuro mejor.

Como en otras partes del país, los indios están organizados solo en la esfera de la religión, en la que tienen a su cargo las cofradías relacionadas con varios santos patronos. Nahuizalco tiene un total de 22 cofradías y el ciclo religioso incluye amplia participación en las zonas rurales y urbanas. Según Clará de Guevara (1975a:69):

La religión constituye uno de los aspectos más importantes en la vida de esta comunidad, especialmente entre la población indígena. Podría decirse que para los "naturales" la religión es el eje alrededor del cual giran gran parte de sus actividades.

Sin embargo, a diferencia de Panchimalco, ha habido siempre una estricta división de ladinos e indios en todos los campos de la

vida, incluso el de la religión. En el pasado, había varias cofradías formadas únicamente por ladinos, pero la mayoría se ha abandonado con el tiempo y solo queda una. Es digno de mencionarse que aunque la cofradía ladina se dedica a la Virgen del Rosario, los indígenas tienen su propia cofradía para la misma Virgen. Además de eso, todas las cofradías del municipio pertenecen a los indígenas.<sup>27</sup>

Los indios de Nahuizalco también tienen una tradición de peregrinaciones religiosas que los llevan a los centros religiosos del Departamento de Sonsonate y a los pueblos y ciudades de otras partes del país. Esos viajes son organizados por medio de las cofradías:

Cada romería tiene su "Mayordomo de Romería", encargado de la organización del viaje y de coordinar con el mayordomo de la cofradía del lugar, para hacer todos los arreglos respecto al mantenimiento de estas personas. La romería lleva siempre un "Niño" (imagen pequeña del santo que se está celebrando) y su limosna respectiva (Clará de Guevara, 1975a:77).

Las peregrinaciones son recíprocas; periódicamente las cofradías de Nahuizalco reciben grupos que viajan de diferentes partes del país para honrar a los santos locales.

---

<sup>27</sup> Véanse en Clará de Guevara, 1975a, las fotografías incluidas después de la página 101, en las que se muestra a los indios de Nahuizalco durante la celebración de las fiestas patronales.

## **El despertar de la consciencia indígena en medio de tiempos difíciles**

Es algo sorprendente encontrar que hoy en día en El Salvador--un país dividido por una encarnizada guerra civil--la población indígena ha comenzado a salir de su escondite y a identificarse como tal. Este no es un hecho generalizado, de ninguna manera, y tiene todavía un pulso débil; pero es evidente y, en casos aislados, se ha unido a intentos por recuperar algunas de las tradiciones indígenas y mejorar la situación socioeconómica de las comunidades. A comienzos de los años 80, la Asociación Nacional Indígena Salvadoreña (ANIS) surgió entre las organizaciones campesinas que gestionaban la concesión de tierras dentro del marco del programa de reforma agraria del gobierno. La Iglesia Católica, a pesar de la oposición de elementos conservadores en su propio seno, ha iniciado modestas actividades de desarrollo comunitario con dirigentes indígenas de las zonas rurales de Sonsonate. La población indígena de todas partes se muestra menos reticente a admitir su etnicidad. Aun a mediados de los años 70, nada de esto habría sido posible.

### **La búsqueda de la tierra**

En la actualidad, hay solo una comunidad indígena en todo El Salvador que retiene tierras comunales como vestigio de las épocas coloniales. Se trata de Santo Domingo de Guzmán, un

pequeño pueblo de Sonsonate. Aunque tiene un alcalde ladino y casi todos los terrenos agrícolas circunvecinos están en manos de ladinos, la comunidad indígena que forma el núcleo de la población ha logrado mantener 12 manzanas (aproximadamente 5 hectáreas) dentro de los límites del pueblo y esa tierra se suplementa con otro terreno pequeño empleado para recoger barro para la fabricación de comales para cocinar tortillas, que son una importante fuente de ingreso para la comunidad. En 1987, inmediatamente antes de la época de siembra de maíz, los dirigentes indígenas dividieron las 12 manzanas de tierra entre 125 agricultores que se consideraban como los más necesitados del pueblo.

Lo raro es que, si bien esto es todo lo que resta del conjunto de tierras comunales que en alguna ocasión fueron enormes y de máxima importancia para la economía indígena, las comunidades todavía existen, aunque esa afirmación se hace con ciertas salvedades. Marroquín comenta lo siguiente en la conclusión de su acertado ensayo sobre el indígena salvadoreño: " Hemos usado deliberadamente la palabra "comunidad" en las anteriores observaciones; en su lugar debiéramos de haber puesto 'comunidad en proceso de desintegración', pues desde que se liquidaron por ley las tierras de comunidades y los ejidos, las comunidades indígenas han ido desapareciendo unas tras otras" (1975:762).

Una vez que perdieron sus tierras comunales, muchos indios se aferraron a los minifundios que tenían hasta hace 30 ó 40

años. Con el aumento de población y la necesidad de dividir sus ya diminutas parcelas entre sus hijos, a lo que se sumó la gradual acumulación de tierra en manos de los ladinos, la mayoría de los indígenas se había reducido a la condición de pequeños agricultores en parcelas arrendadas en el momento en que se promulgaron las leyes de la reforma agraria en 1980. El Decreto 207 (Fase III de la reforma agraria) indicaba que todos los que alquilaran parcelas de 10 manzanas o menos podrían presentar solicitudes y adquirir el título de esa tierra (Diskin, 1982, 1989; Strasma, 1989). Los autores del decreto lo veían como un instrumento de "autoejecución": después de enterarse de la existencia de la ley por la radio, todos los pequeños arrendatarios y aparceros del país sencillamente tomarían posesión de las propiedades que cultivaban. Los trámites ulteriores para la consecución de la escritura definitiva serían fáciles.

Por supuesto, el Decreto 207 no se aplicó en la práctica de la forma en que estaba impreso en el papel (Chapin, 1980b). Muchos de los pequeños arrendatarios sencillamente fueron expulsados de sus parcelas alquiladas tan pronto se anunció la ley. Los más tímidos e impotentes se abstuvieron siquiera de presentar reclamaciones--y un gran número de indígenas se encontró en esa situación. En las zonas que visitamos, desde Morazán en el nordeste hasta el Departamento de Sonsonate en el occidente, vimos indios que, por una u otra razón, no habían podido reclamar la tierra que habían venido cultivando. Además

de eso, pocos han podido alquilar terrenos desde que se instauró la reforma porque los dueños temen que los inquilinos presenten peticiones en su contra y tomen como suyos los terrenos que utilizan. Ahora, todo terreno que no sea cultivado por el dueño se deja en barbecho o se emplea como potrero para ganado. Se excluye por completo a los campesinos sin tierra.

Los indígenas han sido igualmente excluidos de muchos de los beneficios de la Fase I de la reforma agraria. Durante la primera semana de marzo de 1980, una fuerza formada por efectivos del ejército y funcionarios del Instituto Salvadoreño de Transformación Agraria (ISTA) "intervino" pacíficamente y expropió cerca de 230 haciendas de 500 hectáreas o más y estableció en ellas cooperativas manejadas por los campesinos (Chapin, 1980a). Casi todas las familias incluidas en las cooperativas vivían en esa época como colonos en las fincas; pocos de ellos eran indígenas. Por tradición, esta fuerza de trabajo permanente se suplementaba con un enorme número de trabajadores migratorios durante la época de mayor trabajo de la estación de cosecha. En los Departamentos de Santa Ana, Ahuachapán, Sonsonate y La Libertad al occidente del país, la fuerza de trabajo para la cosecha de café estaba formada por un gran porcentaje de indígenas de las comunidades de la región y algunos que vivían a grandes distancias; por ejemplo, en Cacaopera en Morazán, viajaban hasta allá en busca de trabajo.

Cuando se formaron las cooperativas en las grandes haciendas de café, caña de azúcar y algodón, las puertas se cerraron

repentinamente a la mayoría de los trabajadores migratorios. Los que habían tenido la suerte de haber sido incluidos en las cooperativas en la primera ronda temían que los trabajadores estacionales también reclamaran afiliación y de esa forma engrosaran las listas y diluyeran los beneficios para todos que ya eran insignificantes. Además de eso, la economía en deterioro ha dejado a las cooperativas sin dinero para contratar a grandes números de trabajadores de fuera que los patronos de las viejas haciendas solían traer cada año.

Antes de 1980 los indígenas constituían la clase salvadoreña menos privilegiada -- los "más pobres de los pobres" en el idioma de los organismos de desarrollo -- y no estaban en condiciones de aprovechar los beneficios ofrecidos por la reforma agraria. No solo se les ha excluido de la reforma sino que es obvio que se ha bloqueado casi por completo el acceso que tradicionalmente tenían a las pequeñas parcelas para producción de cultivos de subsistencia y al trabajo estacional en las haciendas. En resumen, su pobreza ha empeorado mucho en el transcurso de la última década.<sup>28</sup>

---

<sup>28</sup> Como hemos visto, a Panchimalco le ha ido relativamente bien en la crisis actual porque no ha dependido mucho del trabajo estacional en el sector agrícola, sino del trabajo asalariado en la capital.

### **ANIS, adquisición de terrenos y conflicto político**

A fines de los años 60, la Asociación Nacional Indígena Salvadoreña (ANIS) surgió silenciosamente en Sonsonate bajo la dirección de un "cacique" llamado Adrián Esquino Lizco (Asociación Nacional Indígena Salvadoreña, 1983). A comienzos de los años 80, la ANIS logró alcanzar cierta importancia dentro del marco de los disturbios políticos y sociales del decenio y desde entonces se ha convertido en la voz autoproclamada de los indígenas salvadoreños en el hemisferio. La principal de las campañas de la ANIS ha sido su intento por restituir, en modesta escala, las tierras comunales a las comunidades indígenas de la región de Sonsonate. En 1977, tres años antes de iniciarse la reforma agraria, la ANIS trabajó por medio de la Caja de Crédito para obtener un préstamo que empleó para comprar un terreno de 75 manzanas para la comunidad de San Ramón; desde entonces, valiéndose del mismo arreglo, se han podido obtener varios centenares de manzanas de tierra cultivable para otras comunidades de la región. ANIS se vale de su condición jurídica para obtener crédito para comprar la tierra y la comunidad asume la deuda y se encarga de amortizar la suma prestada a la Caja de Crédito.

El proceso de adquisición de la tierra no ha estado exento de problemas. En 1983, un ladino, que ocupaba terrenos en la zona de Las Hojas, quería abrir una calle a través de la finca

Santa Julia, una extensión de 96 manzanas que había comprado un grupo de unas 20 familias que trabajaban con la ANIS. Los indígenas se opusieron. Entonces, en las primeras horas de la mañana del 22 de febrero, llegaron al cantón varios camiones cargados de soldados. Iban acompañados de indígenas de la zona que habían tenido conflictos con el grupo de la finca Santa Julia por causa de la tierra. Esos informantes dirigieron a los soldados a determinadas casas, donde apresaron y se llevaron a 74 hombres. Más tarde, ese mismo día, se encontró a la mayoría de los cadáveres tirados al lado del río Cuilapa, a poca distancia del cantón.

Han ocurrido confrontaciones similares -- si bien menos drásticas -- en otras comunidades con las que ha trabajado la ANIS, y además la organización ha tenido diferencias periódicas con el gobierno. Gran parte de la dificultad proviene de las luchas internas inherentes al actual clima político de El Salvador. Para poder sobrevivir, la ANIS ha tenido que buscar aliados. Por tanto, trabajó activamente en la creación de la Unidad Popular Democrática (UPD), una confederación formada sobre todo por sindicatos de trabajadores y federaciones de campesinos, que apoyó a la Democracia Cristiana en las elecciones de 1984. Cuando el nuevo gobierno hizo caso omiso de las condiciones señaladas en un "pacto social" de 12 puntos, la ANIS (junto con algunos de sus aliados) comenzó a quejarse y, con el tiempo, se alió con la Unión Nacional de Trabajadores Salvadoreños (UNTS), que se inclina hacia la izquierda del espectro político. En ese

estado de cosas, en marzo de 1986, un destacamento de tropas ocupó la oficina central de la ANIS por varios días y encargó de su mando a un grupo de ex funcionarios de la ANIS que estaban más de acuerdo con la política del gobierno, sin duda, porque estaban recibiendo dinero por sus esfuerzos. En los dos años siguientes hubo dos grupos paralelos llamados ANIS: uno era la "ANIS gubernamental" y el otro la "ANIS legítima". La documentación para conseguir las escrituras de propiedad de las tierras comunales se perdió en la confusión y el estado actual de los préstamos solicitados a la Caja de Crédito es confuso en el mejor de los casos. <sup>29</sup> Por último, en virtud de un reciente juicio de la Corte Suprema se declararon nulas las reclamaciones de los pretendientes y se restituyeron el título legal y la oficina a la ANIS "legítima".

Los funcionarios de la ANIS afirman que la organización tiene una membresía total de 76.000 personas, de los cuales 20.000 tienen carnets de identidad, pagan 13,50 colones en derechos anuales y se consideran miembros "activos". Esta cifra es demasiado alta. La ANIS tiene una capacidad administrativa rudimentaria y pocos recursos en efectivo, y sus vínculos con las comunidades aun en las zonas rurales del vecino pueblo de Sonsonate son bastante irregulares y, en algunos casos, antagónicos. La organización se ha visto rodeada de controversia

---

<sup>29</sup> Además de eso, la extrema pobreza de las comunidades les dificulta sus pagos a la Caja de Crédito y los disturbios civiles en El Salvador en general han llevado a una morosidad generalizada de los pagos de crédito en el sector agrícola.

desde el principio. Ha cambiado de alianzas y, al parecer, cruzado líneas ideológicas con tanta frecuencia que se le ha tildado de oportunista y ha sido acusada de todo, desde tendencias comunistas hasta alianzas con la extrema derecha. Cualquiera que sea la verdad de esas alegaciones, la ANIS debe ser juzgada dentro del contexto de El Salvador contemporáneo, donde constantemente se hacen y rehacen negociaciones, los grupos de campesinos y obreros luchan sin cesar por lograr ventaja y la supervivencia es un juego difícil y arriesgado. Vista desde ese ángulo, la ANIS no sale con defectos más serios que muchos de los grupos que la rodean.

Por el lado positivo, la ANIS ha sido bastante efectivo para denunciar los abusos contra los indígenas en todo el país y ha trabajado activamente en confrontaciones directas con autoridades militares y civiles para sacar de la cárcel a un número de indígenas presos. Ha tomado la iniciativa de promover la imagen positiva del indio en el plano nacional y ha celebrado varios congresos interamericanos para indígenas desde 1978. Además, es notable el simple hecho de que la ANIS haya sobrevivido en medio de un ambiente tan difícil.

### **La Pastoral Indígena de Sonsonate**

Existe un solo esfuerzo para apoyar las iniciativas de desarrollo en las comunidades indígenas de El Salvador. Cuenta con el apoyo de la Iglesia Católica en San Antonio del Monte en Sonsonate y está formada por un pequeño grupo de hombres de varios cantones organizados alrededor de lo que se llama la "Pastoral Indígena". El objetivo de la Pastoral es promover una serie de pequeños proyectos de desarrollo comunitario como cría de aves, mejoramiento de las viviendas, instalación de sistemas de abastecimiento de agua potable y la asistencia técnica en agricultura entre los habitantes de las comunidades. Los promotores de este programa tienen muy poca educación formal, y carecen aun de la experiencia más rudimentaria en trabajo de desarrollo comunal. Lo que se ha hecho hasta ahora es sumamente modesto y de carácter totalmente apolítico -- aunque varios elementos ultraconservadores de la Iglesia Católica publicaron recientemente un aviso pagado en un diario nacional en el que acusan al sacerdote que patrocina la Pastoral de "envenenar las almas de los campesinos e indígenas salvadoreños".<sup>30</sup> Aun los

---

<sup>30</sup> Esta acusación apareció en una carta abierta de dos pliegos dirigida ni más ni menos que al propio Papa, firmada por el Movimiento Tradicional Católico. La carta fue publicada en el periódico conservador El Diario de Hoy el 17 de octubre de 1988. Acusaba a varios sacerdotes de aliarse con los "terroristas comunistas que siembran el caos y la destrucción en nuestra Patria". Entre los acusados estaban el Arzobispo Arturo Rivera y Damas y los "jesuitas modernistas" de la Universidad Católica.

esfuerzos más pequeños, de carácter político neutro, para ayudar a los indios de El Salvador a mejorar sus condiciones de vida para que puedan superar el nivel de pobreza parecen encontrar fuerte oposición.

### Conclusión

En El Salvador existe una numerosa población de gente que se considera indígena, y son consideradas como tal por quienes la rodean. Esa gente está desprovista casi por completo de todas las cosas que una vez tenía: han perdido sus terrenos, gran parte de su cultura autóctona, su idioma, su autonomía y aun su sentido de estima propia. En el vocabulario de la antropología, los indígenas salvadoreños están sumamente -- y aun completamente -- "aculturados" y, por esa razón, generalmente nadie los ve, pasan desapercibidas y son invisibles para quienes no han tenido contacto directo con ellos. Aun así, están ahí y su número crece en la misma proporción que su grado de pobreza.

Marroquín fue el primero en ver que el indio salvadoreño no podía definirse de acuerdo con el conjunto tradicional de criterios étnicos--lengua materna, vestido típico, costumbres aborígenes y así sucesivamente. Más bien, el indio de El Salvador solo puede definirse como

una categoría socioeconómica históricamente  
acondicionada, constituida por los  
descendientes de los primeros pobladores de

América, que por efecto de la conquista ibérica fueron reducidos a condiciones de aguda explotación, miseria, opresión e injusticia social, condiciones que, en lo esencial, se mantienen en dichos descendientes (Marroquín, 1975:752).

En realidad, se podría sostener que el sentido colectivo que tienen los indígenas salvadoreños de que han sido víctimas de injusticia y de explotación aplastante durante los cinco siglos desde la llegada de los españoles es el principal pegamento que los mantiene unidos como grupo étnico. En la crisis actual, la miserable situación de los indios ha llegado a un extremo que los ha dejado sin muchas de las escasas fuentes de ingreso que antes tenían. Ni las agencias del gobierno ni los grupos de asistencia privados tienen programas para beneficiarlos y el débil intento hecho en varias ocasiones por los indígenas para ayudarse a sí mismos no ha resultado en nada. La triste verdad es que todo lo que han tenido para controlar su desesperación es el apoyo moral de unos a otros y la convicción de que están "más cerca de Dios".

### Referencias

Adams, Richard N.

- 1957 Cultural Surveys of Panama, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Honduras. Oficina Sanitaria Panamericana, Washington, D.C. Publicación científica no. 33.

Amaya Amaya, Miguel Angel

- 1985 Historia de Cacaopera. Ministerio de Educación, San Salvador.

Anderson, Thomas P.

- 1971 Matanza: El Salvador's Communist Revolt of 1932. University of Nebraska Press, Lincoln.

Asociación Nacional Indígena Salvadoreña

- 1983 "Informe de las Labores Administrativas y Financieras de la Asociación Nacional Indígena Salvadoreña (ANIS) del Período Comprendido del 1 de Enero del 80 hasta el 30 de Septiembre del 83". ANIS, Sonsonate. Documento mimeografiado.

Barón Castro, Rodolfo

- 1942 La Población de El Salvador. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, San Salvador.

Browning, David

- 1971 El Salvador: Landscape and Society. Clarendon Press, Oxford.

Burke, Melvin

- 1976 "El Sistema de Plantación y la Proletarización del Trabajo Agrícola en El Salvador". Revista de Extensión Cultural. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, San Salvador. Septiembre-octubre., págs. 473-486.

Calderón, Salvador, y Paul C. Standley

- 1941 Lista Preliminar de Plantas de El Salvador. Imprenta Nacional, San Salvador.

## Campbell, Lyle Richard

- 1975a "El Estado Actual y la Afinidad Genética de la Lengua Indígena de Cacaopera" en La Universidad (revista de la Universidad de El Salvador), enero-febrero, págs. 45-54.
- 1975b "Cacaopera", en Anthropological Linguistics, 17.4:146-153.
- 1975c "La Dialectología Pipil", en América Indígena, Vol. XXXV, No. 4, octubre-diciembre, págs. 833-844.
- 1976 "The Last Lenca", en International Journal of American Linguistics, Vol. 42, No. 1, págs. 73-78.

## Chapin, Mac

- 1980a "A Few Comments on Land Tenure and the Course of Agrarian Reform in El Salvador", en Agricultural Reform Organization (Documento para un proyecto), Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), Anexo II.A., Washington, D.C.
- 1980b "Difficulties with the implementaion of Decree 207 ("land to the tiller") in El Salvador's agrarian reform program". Memorándum, AID, Washington, D.C. Junio.

## Clará de Guevara, Concepción

- 1975a Exploración Etnográfica: Departamento de Sonsonate. Ministerio de Educación, San Salvador.
- 1975b "El Añil de los "Indios Cheles", en América Indígena, Vol. XXXV, No. 4, octubre-diciembre, págs. 773-796.

## Dalton, Roque

- 1972 Miguel Mármol: Los Sucesos de 1932 en El Salvador. Editorial Universitaria Centroamericana, EDUCA, San José, Costa Rica.

## Daines, Samuel

- 1977 "Analysis of Small Farms and Rural Poverty in El Salvador", en Agricultural Sector Assessment. USAID, San Salvador.

Davis, Shelton H.

- 1988 "Agrarian Structure and Ethnic Resistance: the Indian in Guatemalan and Salvadoran National Politics", en Ethnicities and Nations, editada por Remo Guidieri, Francesco Pellizzi y Stanley J. Tambiah. The Rothko Chapel, Houston, págs. 78-106.

Deere, Carmen Diana, y Martin Diskin

- 1984 "Rural Poverty in El Salvador: Dimensions, Trends and Causes". Investigaciones del Programa de Empleo Mundial, documento de trabajo. Organización Internacional del Trabajo, Ginebra.

Departamento de Estado

- 1988 Country Report on Human Rights Practices for 1987. Informe presentado al Comité de Asuntos Externos de la Cámara de Representantes y al Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los EE.UU., Washington, D.C.

Departamento de Estado de los Estados Unidos

- 1987 "El Salvador". Notas informativas, Oficina de Asuntos Públicos. Noviembre.

Diskin, Martin

- 1982 Suplemento de El Salvador Land Reform, 1980-81: Impact Audit, 1982, Laurence Simons y James Stephens. Oxfam-America, Boston.
- 1989 "El Salvador: Reform Prevents Change", en Searching for Agrarian Reform in Latin America, editado por William C. Thiesenhusen. Unwin Hyman, Boston, págs. 429-450.

Fowler, Jr., William R.

- 1989 The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations: The Pipil-Nicarao of Central America. University of Oklahoma Press, Norman.

Gettleman, Marvin E., Patrick Lacefield, Louis Manashe, David Mermelstein y Ronald Radosh (editores)

- 1981 El Salvador: Central America in the New Cold War. Grove Press, Nueva York.

Kincaid, Douglas A.

- 1987 "Peasants into Rebels: Community and Class in Rural El Salvador", Comparative Studies of Society and History, Vol. 29, No. 3, págs. 466-494.

MacNaught, A. Roy

- 1932 "Horrors of Communism in Central America", The Central American Bulletin (Dallas), no. 181 (marzo de 1932), citado en Davis, 1988.

Marroquín, Alejandro Dagoberto

- 1959 Panchimalco: Investigación Sociológica. Ministerio de Educación, San Salvador.
- 1964 San Pedro Nonualco: Investigación Sociológica. Editorial Universitaria, San Salvador.
- 1975 "El Problema Indígena en El Salvador", América Indígena, Vol. XXXV, No. 4, págs. 747-771.

Ministerio de Cultura y Comunicaciones

- 1985 "El Indigenismo de El Salvador". Documento preparado para el Noveno Congreso Indigenista Interamericano, 28 de octubre-1 de noviembre, Santa Fe, Nuevo México.

Montes, Segundo

- 1988 "Levantamientos Campesinos en El Salvador", Realidad Económico-Social, Año 1, No. 1, págs. 79-100.

Montgomery, Tommie Sue

- 1982 Revolution in El Salvador: Origins and Evolution. Westview Press, Boulder.

Strasma, John

- 1989 "Unfinished Business: Consolidating Land Reform in El Salvador", en Searching for Agrarian Reform in Latin America, editado por William C. Thiesenhusen. Unwin Hyman, Boston, págs. 408-428.

White, Alastair

- 1973 El Salvador. Praeger, Nueva York.